

Hegemonía y contrahegemonía en la América Latina de hoy- Algunos apuntes hacia una nueva época

*Daniel Campione**

Preguntarse por la vigencia para la realidad latinoamericana de hoy de la problemática gramsciana de la hegemonía, es comenzar por registrar los enormes cambios que esa realidad (y la mundial) han sufrido en estos últimos años. Casi todos coinciden en que hemos asistido al final de una época. Pero muchos la caracterizan como el final del 'estado populista', la versión pobre del estado de bienestar en Latinoamérica, lo que algunos amplían a toda una forma de organización de las relaciones entre estado y sociedad, a la que denominan 'matriz estadocéntrica', que sería reemplazada por una 'mercado-céntrica' a partir de los años 80-90'.¹

Pensamos, en cambio, que si dirigimos la mirada a los 'procesos orgánicos', sin dejarnos encandilar por los movimientos de la 'coyuntura', asistimos a la terminación de un período más largo y diverso, que puede ubicarse con claridad, al menos en las sociedades de mayor desarrollo relativo en A.L (Argentina, Brasil, Chile, México, Uruguay): El de un proceso de 'modernización' económica, social, política y cultural, que con distintas modalidades, con diferentes configuraciones de los estados nacionales, de las regulaciones de mercado, y de la 'sociedad civil', tenían en común una 'promesa' de mayor 'integración' de las clases subalternas. Integración que se desplegaba, con altibajos, en todos los planos de la vida social, que ya estaba presente incluso en las épocas de 'repúblicas oligárquicas', que latía aún debajo del 'orden y progreso' brasileño o la 'paz y administración' de Argentina, consignas con las que las clases dominantes latinoamericanas resumían su propósito de fundar un orden social duradero, sobre los cimientos de una integración subordinada pero rentable al mercado mundial capitalista en expansión.

Esas clases mantenían, a lo largo de todo el período, una aspiración a dejar de ser sólo dominantes para convertirse en 'dirigentes', a expandir las fronteras de la propia clase, a promover concesiones materiales y simbólicas a quienes permanecieran en las fronteras de las 'clases subalternas', a universalizar la 'ciudadanía', logrando presentar exitosamente a sus países como 'sociedades abiertas' y con un futuro venturoso.

Este talante más tarde se modificó parcialmente, se dejó de confiar centralmente en el 'libre mercado' para delegar la misión en el aparato estatal, a través de las políticas sociales y de control del mercado. Pero no se extinguió, sino que tendió a ampliarse y profundizarse, en tanto tendencia subyacente a la trayectoria de las sociedades latinoamericanas de mayor

* Profesor de Teoría del Estado de la Universidad de Buenos Aires, Argentina. Coordinador de la Cátedra Libre "Antonio Gramsci" en la misma Universidad.

¹ Cf. Cavarozzi, M. *Autoritarismo y Democracia...*

desarrollo relativo. Al menos en los países de mayor desarrollo relativo y cierta prosperidad, la perspectiva de ascenso social, o en su defecto, de mejoramiento dentro de la propia clase, ambos en una amplitud que abarcaba no sólo lo económico sino también lo educativo y la adquisición de la ciudadanía política, jugaba como principio atenuador del conflicto de clases. Proporcionaba la alternativa del desarrollo de actitudes individualistas, que luego se completaron con una conciencia de clases subalternas orientada a la obtención de mejoras en el plano económico-corporativo, mediadas por un aparato estatal que condicionaba el mantenimiento del vínculo a la renuncia a toda idea de transformación revolucionaria.

A partir de los años 70' y 80', y con claridad completa en la década de los 90', el mundo y América Latina han experimentado un vuelco. Se ha producido una 'revolución desde arriba', un proceso de recomposición capitalista que opera reformulando el papel del estado, desarticula las organizaciones de las clases subalternas cuya cuota de poder se reconoció por décadas, y apunta todas las decisiones públicas hacia el favorecimiento de la mayor concentración y centralización del capital.

Como afirma Aricó, esta revolución *desde lo alto* resultó de esos procesos en los que las clases dominantes cambian sus sociedades, con el suficiente grado de profundidad como para que sus impugnadores vean a su vez desmentidas sus ideas acerca del cambio social.² La transformación y crisis actual de los capitalismo latinoamericanos no es, pura 'reacción', obcecación en su avidez de los sectores sociales más ricos y poderosos. Es también, a su modo, 'modernización', re-composición de un sistema de dominación, cambio profundo en las relaciones entre estado y sociedad, abarcando tanto a las clases dominantes como a las subalternas. Pero tiene el signo distintivo de nulificar buena parte de las bases mismas de la 'acción hegemónica' que las clases dominantes latinoamericanas sostuvieron por largas décadas, de sus posibilidades de presentar un cuadro de 'expansión universal' de la sociedad a través del reconocimiento de su dirección pro 'grupos aliados y auxiliares'.³

Ese proceso de cambio se ha manifestado como una contra-ofensiva de las clases dominantes (en tanto que parte de su dinámica se extrajo de la voluntad consciente de revertir, por medio de transformaciones estructurales y no con medidas de coyuntura el ascenso en la movilización y las luchas sociales de los años 60-70'), pero ha tenido un efecto paradójico: Al destruir las organizaciones de las clases subalternas, 'descabezar' a su dirección, promover el

² " Su característica distintiva reside en ser un proceso de transformación desde la cúspide, de *revolución desde lo alto*, que está por supuesto en las antípodas de la tan ansiada revolución democrático-burguesa que los partidos comunistas latinoamericanos instituyeron como modelo teórico y político del cambio, y que pretendieron llevar a la práctica a través de múltiples combinaciones tácticas, desde fines de los años veinte." Aricó J., *La cola del diablo...* p. 90.

³ El Estado es concebido como organismo propio de un grupo, destinado a crear las condiciones favorables para la máxima expansión del grupo mismo, pero este desarrollo y esta expansión son concebidos y presentados como la fuerza motriz de una expansión universal, de un desarrollo de todas las energías 'nacionales', o sea que el grupo dominante es coordinado concretamente con los intereses generales de los grupos subordinados y la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo." ("C, V, p. 37) (El subrayado nos pertenece, N. del A.)

'transformismo' de sus intelectuales orgánicos, ha minado también su propia capacidad de ejercer 'dirección intelectual y moral', ha destruido la posibilidad de erigir indispensables 'bases materiales' para esa dirección, y ha desmantelado las herramientas organizacionales (partidos con capacidad de organización y movilización de masas, sindicatos reformistas y burocratizados) que le permitieran en su momento construir esos 'equilibrios inestables', esa capacidad para las 'soluciones de compromiso' que Gramsci sitúa como cimiento de la transformación de una clase en 'dirigente'.⁴ Las bases para desarrollar un 'conformismo' de las clases subalternas, han resultado erosionadas, cuando no bruscamente destruidas.

La contradicción se agrava porque ese proceso destructivo no se produce en condiciones de dictadura abierta, sino en el del establecimiento y estabilización de regímenes parlamentarios, aquéllos que, también al decir de G, constituyen el escenario del 'ejercicio normal de la hegemonía'. Justamente, esa amputación de la 'capacidad hegemónica', en un régimen que no brinda condiciones, al menos en lo inmediato, para colocar al frente la acción coercitiva y hacer primar al dominio político sobre el consenso, dibuja una brecha profunda en el sistema de dominación de las sociedades latinoamericanas, y señala posibilidades renovadas para la acción contra-hegemónica de las clases subalternas. De ello trataremos de ocuparnos en adelante. Pero previo a eso creemos se requiere algún repaso de las distintas dimensiones que tiene el concepto gramsciano de 'hegemonía', y su puesta en relación con la lucha social y política en la América Latina actual.

El concepto de hegemonía en Gramsci y sus derivaciones actuales

Gramsci define al Estado como la suma de las funciones de dominio y hegemonía, incorporando en un lugar destacado la consecución del 'consenso activo' de los gobernados:

"Estado es todo el conjunto de actividades prácticas y teóricas con que la clase dirigente no sólo justifica y mantiene su dominio sino que logra obtener el consenso activo de los gobernados, es evidente que todas las cuestiones esenciales de la sociología no son otra cosa que las cuestiones de la ciencia política."⁵

El mencionado consenso 'activo', no puede asimilarse un asentimiento condicionado por el miedo a perderlo todo, o por la creencia fatalista de que nada puede cambiar, sino una perspectiva que incluya la movilización, actual o potencial, a favor del orden social existente. La utopía burguesa del Estado situado por encima de la competencia de las clases, colocado al servicio del bien común, se vuelve poco verosímil, escasamente operativa, si su acción toma un desembozado carácter clasista. En ese caso, el 'espejismo' que le da vigor como fuerza conservadora, tiende a diluirse, la orientación de clase del estado se coloca en el primer plano,

⁴ Como un continuo formarse superarse de equilibrios inestables [...] entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo *Cuadernos*, V, p. 37

⁵ C, V, p. 186

adquiere una peligrosa (para las clases dominantes) 'transparencia' mas allá de la voluntad de unas clases dominantes en las que también se vuelve difusa la decisión de ejercer una dirección 'intelectual y moral', a partir de que la presentación de sus intereses 'en el plano universal' tiende a dejar de preocuparlas.

La hegemonía es una categoría fundamental en G. que apunta a un fenómeno complejo, caracterizado centralmente por la capacidad de un grupo social para articularse, desde una posición de supremacía, con otros grupos sociales, y orientar la 'visión del mundo' de un conjunto social mucho más amplio que las fronteras estrictas de la clase. Que una clase es hegemónica significa mucho más que la dirección política de una alianza de clases, que fue el significado original que se le asignaba al término en la tradición marxista, sobre todo en Lenin, y la construcción de hegemonía se extiende por los más variados campos del hacer humano.⁶ El concepto se ha 'vulgarizado' con frecuencia, y dado lugar a a) una contraposición binaria entre hegemonía y dictadura, dónde no existiría una si existe la otra y b) a partir de asignar un rango de existencia mucho más que metafórico a la pareja base-superestructura, tomarla como una categoría exclusivamente referida a la 'superestructura' y dentro de ella a la esfera ideológico-cultural, o a la 'sociedad civil' (a su vez malinterpretada como en contraposición a lo estatal). La distinción que Gramsci efectúa entre sociedad civil y sociedad política es de finalidad heurística, como camino para analizar los mecanismos diferentes de un campo y otro, pero no asimila, como la teoría liberal, sociedad política a estado y sociedad civil a no-estado.⁷

"...hay que observar que en la noción general de Estado entran elementos que deben reconducirse a la noción de sociedad civil (en el sentido podría decirse de que Estado: sociedad política+sociedad civil, o sea hegemonía acorazada de coerción). " ⁸

Los estados de las sociedades más complejas, que han superado el nivel de la defensa económico-corporativa de la clase dominante, tienen ampliada la capacidad para contribuir a establecer la supremacía de clase, pero no han renunciado a ningún instrumento salvo, en principio, a la forma más arbitraria, ilimitada del ejercicio del aparato coercitivo, que pasa a estar comprendido en las restricciones propias del Estado de Derecho. La hegemonía está concebida como la construcción que permite el paso a una esfera de dirección intelectual y moral, hasta el punto de que la clase que domina pase del particularismo al universalismo y dirija así a otros grupos sociales.

⁶ Afirma Giorgio Baratta: "A través de la praxis y la teoría, de la política y la cultura, de la economía, la sociedad civil y el estado, a través de estructura y superestructura, dirigidos y dirigentes, gobernados y gobernantes, entre las masas y los intelectuales, a través de líderes, cuadros y base del partido, del centro y de la periferia, de la historia mundial y las historias particulares, del mundo y de la nación, de negros y blancos, *pasa* la hegemonía." G. Baratta, "Gramsci tra noi...p. 19

⁷ cf. Buttigieg, Joseph, "Sulla categoría gramsciana", p. 35.

⁸ C, III, p. 76

Sin embargo, los componentes de hegemonía y de coerción coexisten en el tiempo y en el espacio, como componentes de la 'supremacía' de una clase que pasa a ser dirigente sin dejar de ser 'dominante' (dotada de poder coercitivo), y despliega su poder sobre un espacio social más amplio que el de los aparatos estatales formalmente reconocidos como tales⁹, dando lugar a la configuración de una sociedad donde, como dice el propio G. hay democracia en la relación con algunos sectores sociales, y dictadura en el vínculo con otros. O mejor, no sólo coexisten, sino que se entrelazan y refuerzan una a la otra¹⁰

Un grupo social es dominante de los grupos adversarios que tiende a 'liquidar' o a someter incluso con la fuerza armada y es dirigente de los grupos afines y aliados.¹¹

En Gramsci, la hegemonía tiene múltiples dimensiones, articula diversos significados, pero está claro también que reúne componentes 'materiales' junto a los 'ideales', que la 'dirección intelectual y moral' parte de grupos sociales con un papel determinado en la vida económica, para 'hegemonizar' a otros que también lo tienen¹², y que la *catarsis*¹³ que eleva al plano de lo ético-político se asienta en el campo económico-corporativo, que supone una serie de sacrificios y compromisos, a su vez inestables, dinámicos, que sin embargo no pueden desconocer el papel fundamental, originado en el mundo de la producción, de la clase que aspira a ser 'dirigente':

[...] es evidente que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar a lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica, no puede dejar de tener su fundamento en la función decisiva que el grupo dirigente ejerce en el núcleo decisivo de la actividad económica.¹⁴

La función 'decisiva' en ese 'núcleo', es el fundamento inexcusable de la capacidad de dirección. Cabe pensar entonces, que cuando esa función aparece asimilada a una mezquina búsqueda de los niveles máximos de ganancias, sin ofrecer a las clases subalternas nada

⁹ "la concepción del Estado como hegemonía conduce a afirmaciones paradójicas: que no siempre al Estado debe buscársele allí donde parecería estar 'institucionalmente': en realidad el Estado, en este sentido, se identifica con los intelectuales 'libres' y con aquel grupo de ellos que representa, precisamente, el principio ético-político en torno al cual se verifica la unidad social para el progreso de la civilización. La política momento de la fuerza, pero prepara para la vida moral o es instrumento y forma de vida moral, por lo tanto no hay conflicto entre política y moral sino casi identificación." C, III, p. 343.

¹⁰ Como afirma Joseph Buttigieg: "En realidad, los escritos de Gramsci revelan como el dominio de la sociedad política y la dirección de la sociedad civil realmente se refuerzan una a la otra; el poder coercitivo y el poder de producir el consenso se entrelazan." Buttigieg, "Sull categoría gramsciana...p. 31.

¹¹ C, V, p. 387.

¹² Este párrafo de Gramsci puede ser tomado como una afirmación de la base de la hegemonía en el mundo productivo: "Es verdad que conquista del poder y afirmación de un nuevo mundo productivo son inseparables, que la propaganda para una cosa es también propaganda para la otra y que en realidad sólo en esta coincidencia reside la unidad de la clase dominante que es al mismo tiempo económica y política..." (C, IV, p. 232)

¹³ "Se puede emplear el término de 'catarsis' para indicar el paso del momento meramente económico (o egoísta-pasional) al momento ético-político, o sea la elaboración superior de la estructura en superestructura en la conciencia de los hombres. Esto significa también el paso de lo 'objetivo' a lo 'subjetivo' y de la 'necesidad a la libertad.' (C, IV, p. 142)

¹⁴ C, V., p. 42.

efectivamente distinto al empeoramiento progresivo de su posición en la sociedad, algo falla, y vacila el fundamento mismo de la hegemonía.

El propio G destaca el carácter 'mixto' de muchos fenómenos sociales, componentes de la 'superestructura' que juegan un papel como aparato coercitivo, pero también son en un sentido 'aparatos hegemónicos', en cuánto expanden una 'visión del mundo' determinada (el lugar que ocupa lo ideológico en los tribunales de justicia o en las fuerzas militares es por demás evidente, G hace referencia al rol educador del derecho¹⁵).

Esa vinculación entre diferentes elementos, está presente incluso en las democracias parlamentarias, en los que la fuerza adquiere la 'legitimidad' que le presta el consenso de la mayor parte de la población, y los mecanismos de corrupción llenan las brechas que deja el consentimiento y no se adecuan a soluciones coercitivas:

El ejercicio "normal" de la hegemonía en el terreno que ya se ha vuelto clásico del régimen parlamentario, se caracteriza por la combinación de la fuerza y el consenso, que se equilibran diversamente, sin que la fuerza domine demasiado al consenso, incluso tratando de obtener que la fuerza parezca apoyada en el consenso de la mayoría, expresado por los llamados órganos de la opinión pública -periódicos y asociaciones-, los cuales, por lo tanto, en ciertas situaciones, son multiplicados artificiosamente. Entre el consenso y la fuerza está la corrupción-fraude (que es característica de ciertas situaciones de difícil ejercicio de la función hegemónica, presentando el empleo de la fuerza demasiados peligros), o sea el debilitamiento y la parálisis infligidos al adversario o a los adversarios acaparando sus dirigentes, bien sea encubiertamente o, en caso de peligro emergente, abiertamente, para provocar confusión y desorden en las filas adversarias.¹⁶

Si bien el consenso es el término predominante, el uso o la amenaza de la fuerza se retira del primer plano pero no desaparece. La coerción sigue siendo el núcleo del poder estatal, la 'coraza' que recubre a la hegemonía, en el decir gramsciano. Esta no puede ser definida por el componente de coerción, pero tampoco puede ser comprendida sin él

"Puede y debe existir una 'hegemonía política' incluso antes de llegar al gobierno y no hay que contar sólo con el poder y la fuerza material que éste da para ejercer la dirección o hegemonía política..."¹⁷

La reacción justificada contra las concepciones 'estatalistas', que lo reducían todo a la conquista del poder convertida en una suerte de 'milenio' laico, no habilita, como se hace a menudo, a eludir la problemática del dominio, la que integra un par histórico y dinámico, pero no una dicotomía, con la 'dirección', estableciendo una vinculación.

Un problema en la interpretación de los procesos sociales es el de pasar por el costado de esta complejidad de la hegemonía, con la consiguiente reducción de la misma a una noción

¹⁵ Si todo Estado tiende a crear y mantener cierto tipo de civilización y de ciudadano (y por lo tanto de convivencia y de relaciones individuales), tiende a hacer desaparecer ciertas costumbres y actitudes y a difundir otras, el derecho será el instrumento para este fin (junto a la escuela y otras instituciones y actividades) y debe ser elaborado para que sea conforme al fin, para que sea máximamente eficaz y productivo de resultados positivos." (C, V, p. 25)

¹⁶ C, V, p. 81

¹⁷ C, I, p. 107

estrecha de 'dirección intelectual y moral', que parece sacarla del plano de la construcción de bases materiales para ello, del rol fundamental en la economía de la clase que trata de convertirse en dirigente. Y tiende a considerar a la sociedad civil, al estilo del pensamiento liberal, como un espacio plural, pero no cruzado por contradicciones antagónicas, por impulsos de clase contrapuestos. Se construye así una concepción 'desencarnada' de la hegemonía, desvinculada de la lógica de la lucha de clases, ajena a lo que ocurra en el plano de las relaciones de producción.

En cambio, el sentido gramsciano de hegemonía, como venimos viendo, no es sólo un predominio en el plano ideológico-cultural asentado en las 'trincheras'¹⁸ que configuran el 'estado ampliado' característico de Occidente, sino que tiene su base en el rol protagónico de la clase dominante en el plano económico.

Otro rasgo de la hegemonía burguesa, es el conferido por el hecho de que la burguesía es fronteras permeables, y ninguna traba jurídica, formal, impide el ascenso social de las clases subalternas a las dominantes. Eso la convierte en una clase dinámica, en cuánto puede ampliar sus filas (y mejorar sus cuadros dirigentes) con miembros de las clases subalternas a los que incorpora a su seno

"La revolución aportada por la clase burguesa a la concepción del derecho y por lo tanto a la función del Estado, consiste especialmente en la voluntad de conformismo (de ahí a la eticidad del derecho y del Estado). Las clases dominantes precedentes eran esencialmente conservadoras en el sentido de que no tendían a elaborar un paso orgánico de las otras clases a la suya, esto es, a ampliar su esfera de clase 'técnicamente' e ideológicamente: la concepción de casta cerrada. La clase burguesa se postula a sí misma como un organismo en continuo movimiento, capaz de absorber a toda la sociedad, asimilándola a su nivel cultural y económico: toda la función del Estado es transformada: el Estado se vuelve educador, etc."¹⁹

Además, la inexistencia de distinciones sociales cristalizadas por el derecho, suprimidas en aras del propio desarrollo capitalista, confiere verosimilitud a la noción de 'ciudadanía', que aparece diluyendo en el plano político las diferencias de clase, tras el principio un hombre- un voto y la 'igualdad ante la ley'. En aquéllas sociedades capitalistas en que la movilidad social se vuelve extremadamente difícil, la hegemonía burguesa incorpora un factor de debilidad, y así lo señala G., al enunciar que la burguesía queda 'saturada' y no sólo no se expande, sino que 'desasimila' a parte de sus componentes

"La clase burguesa está 'saturada': no sólo no se difunde, sino que se disgrega; no sólo no asimila nuevos elementos, sino que desasimila una parte de sí misma (o al menos las desasimilaciones son enormemente más numerosas que las asimilaciones."²⁰

¹⁸ Véase más adelante la asimilación que hace G. entre 'trincheras' y las organizaciones populares de tipo moderno.

¹⁹ C, III, p. 215.

²⁰ Ibidem.

Este cuadro se da en las sociedades latinoamericanas actuales, en que sectores de la burguesía pierden su posición, y sectores de las clases subalternas anteriormente 'integrados' se ven empujados a lugares marginales, marcados por la incertidumbre. La posibilidad de que los trabajadores formulen una 'elección racional' optando por la vía de las reformas y el mejoramiento de sus condiciones inmediatas de vida, frente a los costos en tiempo y sacrificios que imponía la idea de revolución social, no es hoy operante para las sociedades latinoamericanas.²¹ La generación de un consentimiento adaptativo, basado en la satisfacción individualista, pierde margen al tiempo que avanza la 'des-integración' de amplias capas, que quedan por fuera del mercado de trabajo o ven disminuir abruptamente sus ingresos y calidad de vida, ven en peligro su subsistencia, y tienden a ser marginadas de la vida política. Y la acción colectiva meramente economicista, corporativa, pierde eficacia a ojos vistas frente a una constelación de poder que ya no está dispuesto a reconocer a las organizaciones de trabajadores como 'socio menor'.

Otro arco de complejidades es el proporcionado por la posibilidad de que se produzca la aparición de una hegemonía alternativa, o contra-hegemonía. Frente a la clase dirigente puede alzarse una clase subalterna que aspira a fundar otra 'visión del mundo'. El grupo subalterno sólo puede convertirse a su vez en hegemónico pasando del plano económico corporativo al ético-político (combinación en que el término 'ético' apunta más bien a la dimensión intelectual y moral, y 'político' al control del aparato del estado) y presentando sus intereses sobre un plano 'universal', pero se requiere de modo inexcusable ese basamento económico-corporativo. Una cuestión es que esa base no necesariamente debe asimilarse al proletariado industrial o a ninguna porción 'predestinada' de las clases subalternas. Otra, a nuestro juicio errónea, es partir de un plano que no incluya los intereses económicos, que se remita a un cuestionamiento meramente 'idealista' al orden social existente, o que tome en cuenta los datos del predominio económico de una minoría explotadora, sólo como un factor a 'morigerar' por quiénes aspiran a configurar un nuevo 'bloque histórico'²². El pensamiento de Gramsci sobre la hegemonía es revolucionario en el sentido de apuntar a la transformación radical del conjunto de las relaciones sociales, y no un llamado a descuidar la estructura económico-social y aun la detentación del poder político, para dedicarse a una crítica sólo 'cultural' de la sociedad existente, como a veces parece interpretarse. Por lo demás, una crítica consecuente que parta de lo cultural, realmente radical, terminará por cuestionar las relaciones sociales de producción existentes, o se detendrá mucho antes de plantear la construcción de una sociedad diferente.

²¹ Un análisis pormenorizado acerca de las 'bases materiales de la hegemonía, se encuentra en A. Przeworski, *Capitalismo y socialdemocracia...*

²² El término 'bloque histórico' alude a la unidad entre lo estructural y lo superestructural, entre lo material y lo ético-político: "La estructura y las superestructuras forman un 'bloque histórico', o sea que el conjunto complejo y contradictorio de las superestructuras son el reflejo del conjunto de las relaciones sociales de producción." C, III, p. 309. "La historia ético-política no puede prescindir tampoco de la concepción de un 'bloque histórico' en el que el organismo es individualizado y concretizado por la forma ético-política, pero no puede ser concebido sin su contenido 'material' o práctico." C, III, p. 346. De allí la impropiedad de aludir a la conformación de una nueva coalición política o alianza social como si fuera la configuración de un 'nuevo bloque histórico'.

La contrahegemonía no puede ser entendida sino como la generación de una nueva visión del mundo, que genere 'iniciativa política' de las clases subalternas, que 'cambie la dirección' de las fuerzas que es preciso absorber para realizar un nuevo 'bloque histórico'. Sin 'iniciativa popular' auténtica, no puede haber verdaderas revoluciones, solo 'revolución pasiva'. Gramsci valora el objetivo comunista de la construcción contrahegemónica, aplicándolo incluso a la formación de los dirigentes, a qué tipo de relaciones sociales se crean y fomentan, en acuerdo (o en contradicción) al tipo de sociedad al que se pretende apuntar. ¿Son las organizaciones revolucionarias el preanuncio, en sus prácticas y no en su discurso, de la sociedad sin clases ni estado, sin gobernantes ni gobernados, sin divisiones tajantes entre el trabajo intelectual y el manual, o son maquinarias que construyen renovadas jerarquías, privilegios y desigualdades?

G. plantea de frente un problema persistente: No pueden invocar de modo consecuente pretensiones contra-hegemónicas, organizaciones que excluyen la iniciativa de las bases en sus filas, que preparan a sus miembros en un ambiente de verticalismo y subordinación.

La hegemonía tiene otro fundamento que podría caracterizarse asimismo como 'material' pero es autónomo del plano económico: El organizacional o institucional, el de las organizaciones sociales que configuran el 'aparato' de la hegemonía. La posibilidad de una formación de hegemonía está relacionada con el proceso de desarrollo capitalista, y con el aumento de complejidad de la esfera cultural, una mayor densidad 'organizacional' y un nivel de educación más elevado del grueso de la población.²³ El bloque que está en el poder construye las líneas de defensa que le hacen menos necesario recurrir a la coerción, y supera los elementos de manipulación ideológica más burdos, para articular una conjunción de grupos sociales en torno suyo, en base a una 'visión del mundo' compartida, que permiten hablar de 'democracia' entre el grupo hegemónico y los sujetos a esa hegemonía.²⁴

Y ello da lugar al escenario de conflicto social, complejo y múltiple que G denomina 'guerra de posiciones'. Prolongada en el tiempo, librada en un espacio social amplio y heterogéneo, incluyendo más de un frente simultáneo, con avances y retrocesos parciales, que no son definitivos y que sólo se alcanzan después de trabajosos enfrentamientos, en una situación de asedio recíproco (el enemigo puede contraatacar y retomar posiciones en cualquier momento). Se rescata así el concepto de revolución, pero con la forma de un proceso de laboriosa gestación y no de acontecimiento único e irreversible, y con un contenido de transformación radical, no limitado al poder político y las relaciones de producción fundamentales, sino de ruptura de todas y cada una de las relaciones signadas por la opresión y la desigualdad, tengan coordinadas étnicas, religiosas o de género, incluyendo por supuesto a las divisiones que son

²³ C. B. Glucksmann, hace más de veinte años, escribió que "Cuánto más auténticamente hegemónica es una clase, tanto más permite a las clases adversarias la posibilidad de organizarse y constituirse en fuerza política autónoma." (C. Buci Glucksmann, p. 77)

²⁴ Entre tantos significados de democracia, el más realista y concreto me parece que se puede extraer en conexión con el concepto de hegemonía. En el sistema hegemónico existe democracia entre el grupo dirigente y los grupos dirigidos,

básicas para la alienación que permite la dominación entre las sociedades capitalistas, pero no son reductibles a la esfera productiva: entre intelectuales y simples (los que 'saben' y los que 'no saben'), entre dirigentes y dirigidos, entre ciudad y campo, entre lo político y lo económico.

Y allí es que Gramsci vincula la problemática de la hegemonía con las sociedades más complejas, dotadas de las estructuras organizacionales propias de las democracias modernas, que obligan a pasar por una guerra de posiciones, que queda equiparada a la lucha por la hegemonía:

"la guerra de posiciones, en política, es el concepto de hegemonía, que sólo puede nacer después del advenimiento de ciertas premisas, a saber las grandes organizaciones populares de tipo moderno, que representan como las 'trincheras' y las fortificaciones permanentes de la guerra de posiciones."²⁵

Pero el paso a la guerra de posiciones no significa que la guerra de movimientos deje de existir, ni que el problema de destruir el aparato de coerción que posee la clase dominante, haya desaparecido, sino que es un paso en un proceso más complejo, que presupone la 'lucha de trincheras'.²⁶

En suma, el 'reduccionismo' económico, o el 'reduccionismo' de clase, contra los que Gramsci advirtió con parejas insistencia y talento²⁷, no justifican que, en el empeño por superarlos, se produzca la 'reducción a la nada' de esos componentes fundamentales de lo social, la virtual anulación de la perspectiva de lucha de clases. Gramsci defiende la existencia real de las superestructuras, en tanto que espacio en el que los hombres toman conciencia de los conflictos de la estructura, y que por lo tanto no son reductibles a 'aparición o engaño' ni tampoco a mero 'reflejo' de las relaciones sociales de producción.²⁸ De allí a retacearles, a su vez, 'realidad' y eficacia a las 'estructuras' hay una enorme distancia.

El análisis de la sociedad (entendido por G. como análisis de las relaciones de fuerzas sociales) tiene que culminar en la esfera de la hegemonía y de las relaciones ético-políticas, para G el punto fundamental es la recuperación de esa esfera, frente a tendencias, ya operantes desde

en la medida en que el desarrollo de la economía y por lo tanto la legislación que expresa tal desarrollo favorece el paso molecular de los grupos dirigidos al grupo dirigente. C, III, p. 313.

²⁵ C, III, p. 244

²⁶ Según Gramsci, en los 'Estados más avanzados', "la sociedad civil se ha convertido en una estructura muy compleja y resistente a las 'irrupciones' catastróficas del elemento económico inmediato...las superestructuras de la sociedad civil son como el sistema de trincheras en la guerra moderna." C., III, p. 151. Como afirma M. Salvadori "...descartar la 'guerra de movimiento' hasta que haya dado sus frutos la 'guerra de posición'. No se trata, pues, de una contraposición entre los dos conceptos de 'guerra', sino de una correlación funcional. No se puede emprender el asalto al poder (Estado obrero y dictadura del proletariado) mientras la lucha de trincheras no haya creado las premisas del éxito; pero el objetivo supremo sigue siendo el asalto destructivo contra el enemigo." Salvadori, Massimo "Gramsci y el PCI...", p. 88)

²⁷ Un ejemplo: "La pretensión (presentada como postulado esencial del materialismo histórico) de presentar y exponer toda fluctuación de la política y la ideología como una expresión inmediata de la estructura, debe ser combatida teóricamente como un infantilismo primitivo, o debe ser combatida prácticamente con el testimonio auténtico de Marx, escritor de obras políticas e históricas concretas." C, III, p. 161.

²⁸ "... la tesis de Marx- de que los hombres adquieren conciencia de los conflictos de estructura en el terreno de las ideologías- posee un valor orgánico, es una tesis gnoseológica y no psicológica o moral..." (C, II, p. 175-6.) En el mismo pasaje, G advierte contra la tendencia a ver la política y la historia misma como 'un juego de ilusionismo y prestidigitación'.

los tiempos de la Segunda Internacional, y que prosiguen en sus días, a 'aplanar' el marxismo hacia formas de determinismo economicista que niegan gravitación real a los fenómenos políticos y culturales

[...] si la filosofía de la praxis [...] no reconoce la realidad de un momento de la hegemonía, no da importancia a la dirección intelectual y moral y juzga realmente como "apariencias" los hechos de la superestructura. [...] la fase más reciente del desarrollo de ésta consiste precisamente en la reivindicación del momento de la hegemonía como esencial en su concepción estatal y en la "valorización" del hecho cultural, de la actividad cultural, de un frente cultural como necesario junto a aquellos meramente económicos o meramente políticos.²⁹

No se trata de poner el acento exclusivo en la 'política' o en la 'economía', en la 'cultura' o en el 'poder', sino de superar la dicotomía entre lo político y lo económico, entre lo estatal y lo no estatal, disociación que la acción y el pensamiento de la burguesía utiliza tan bien para sus propósitos hegemónicos, recuperando la concepción de 'totalidad' que es una de las conquistas fundamentales de la tradición marxista. Y más en general, de romper con la prisión de las separaciones artificiales y los énfasis reductores, propios de la ideología burguesa y conservadora, para plantear el combate contra la dominación a partir de un criterio integral de 'comprensión' los procesos sociales.³⁰ La 'libertad' propuesta por el ordenamiento político parlamentario, es la misma que permite la servidumbre del trabajador bajo la apariencia contractual del trabajo asalariado, el orden de la dominación, de la supremacía de una clase, no hay por tanto una 'libertad política' auténtica que coexista con la opresión de clase, ni una verdadera 'lucha por la libertad' que soslaye a la dominación clasista.

Las clases dominantes actuales, y en particular las que actúan en América Latina, desmienten en cierta forma su vocación hegemónica, pues si bien no restringen en el plano jurídico la capacidad de organización de las subalternas (como ocurría habitualmente hasta mediados de la década de los 80'), buscan con avidez su pérdida completa de autonomía, la fragmentación y la caducidad de la identidad de clase, aun en los niveles más estrechamente corporativos. Su 'modelo' de consentimiento es pasivo, replegado a la vida privada, con un ciudadano sólo convocado para el sufragio, y con empeño decreciente en combatir la abstención. Se espera más del escepticismo, de la indiferencia masiva, que de la adhesión a determinadas ideas o políticas. Se podría caracterizar esta 'retirada del apoyo de las masas a la clase dominante, ante la incapacidad de ésta para acoger y satisfacer nuevas demandas'³¹ como manifestación de una 'crisis orgánica'. Creo que es un interrogante que queda abierto, ya que amplios sectores del gran capital y sus intelectuales intentan echar las bases de una forma de dominación que pueda prescindir por largos períodos, sino definitivamente, de la organización y la movilización de

²⁹ *Cuadernos*, IV, p. 126

³⁰ cf. N. Kohan, *Hegemonía y poder...*p. 26.

³¹ El estudioso español Rafael Díaz Salazar describe en esos términos la situación de 'crisis orgánica'. Cf. Rafael Díaz Salazar, *El proyecto de Gramsci...*pp. 238-239.

sectores amplios de la población. Si estamos asistiendo a esos 'diversos fenómenos morbosos'³² que caracterizan a una situación de crisis, o a una recomposición eficaz, sobre bases diferentes, a todo lo conocido anteriormente, no es algo que, nos parece, pueda ser respondido de modo tajante, pero conviene incorporar la existencia del problema.

Una vez más, hay que tener en cuenta que la voluntad de acción colectiva no nace de modo 'automático' de los procesos estructurales, de las crisis económicas. Requiere un laborioso proceso de construcción que no puede partir sino de un conocimiento y análisis pormenorizado de la realidad en que se vive. La supremacía de clase es un fenómeno multívoco, cuya diversidad y complejidad aumenta junto con la de las sociedades. Pero ello no justifica el 'deslizamiento' a una interpretación en clave liberal o socialdemócrata del poder en la sociedad, que lo 'desmaterializa', al eludir las bases materiales, económicas de la hegemonía', y lo 'pacifica', al pasar por el costado de la problemática de la coerción, de la violencia, incluso del terror, que subyace (y actúa, de modo selectivo y más o menos encauzado jurídicamente) en las sociedades hegemónicas, democráticas. Que, en definitiva, en una operación en que la pretensión de 'gramscismo' se vuelve ilegítima, separa el poder en las sociedades modernas, de la problemática de la lucha de clases, acerca de cuya importancia fue G. un defensor, en contra del torrente determinista y economicista que surcaba el marxismo de su época, proviniera esto de la tradición de la Segunda Internacional, o de la Tercera en proceso de 'estalinización'.

La hegemonía en las sociedades latinoamericanas

Las sociedades latinoamericanas, sobre todo las de mayor desarrollo relativo, ya no son 'Oriente', ni siquiera una suerte de Occidente 'transicional', sino un neto 'Occidente', en cuánto sociedad. Se han tornado desde hace mucho sociedades complejas, con importante desarrollo de la sociedad civil.

Hace un tiempo que se han estabilizado democracias representativas en la región, que están siendo integradas a la fuerza en el capitalismo globalizado. Pero, a la vez, están cruzadas por la pobreza de buena parte de sus habitantes, cada vez más por el desempleo crónico, y aun por los salarios paupérrimos de parte de los que tienen trabajo formal. Estas sociedades de estructura social compleja y 'sociedad civil' desarrollada, no son, pese a ello, y nunca serán, equiparables a sociedades europeas o de la América anglosajona. Sus peculiaridades económicas, políticas, étnicas, culturales, el sitio excéntrico, 'periférico' que ocupan en el sistema capitalista mundial, siguen condicionando los modos de pensar y actuar, las modalidades organizativas, las formas de lucha.

Un énfasis exagerado en esas peculiaridades, sin embargo, ha llevado durante períodos históricos enteros, a pensar a Latinoamérica como una región donde la problemática de la

³² G caracteriza así a fenómenos que se producen en la situación de crisis, entre la agonía de lo viejo y el nacimiento de lo nuevo.

hegemonía se hallaría ausente, o no alcanzaría la centralidad que puede alcanzar en los países de mayor desarrollo capitalista, como un territorio donde la dominación violenta sería directa y transparente. Y por tanto cabría el 'asalto al poder', contra unas clases dominantes sólo amparadas en la coerción. Sin embargo, a esta altura de la evolución histórica, hemos asistido al fracaso de las tentativas de transformación social que pretendieron subestimar el plano 'ético-político' y la necesidad de una 'reforma intelectual y moral' desde las clases subalternas para transformar la sociedad, e intentaron distintas variantes de 'asalto al poder'.

En los años 60'-70', las izquierdas reformistas dormitaban en los pliegues del 'estado de bienestar', apostando a la transformación 'por la vía pacífica', y en el fondo a que la 'competencia económica entre sistemas' favoreciera al 'socialismo real' e hiciera caer el poder como fruta madura en sus manos. Campeaba allí un economicismo que apostaba a transformar la sociedad desde un aparato del estado al que trataban de 'penetrar' gradualmente, ahorrándose grandes rupturas y convulsiones, así como el trabajo de pensar en problemas de complejidad elevada como los que señalan las concepciones gramscianas.

Mientras tanto las 'nuevas izquierdas' surgen impugnando aquella visión, pero apuestan a modalidades guerrilleras o insurreccionales, sin hacer demasiado hincapié en qué tipo de sociedades habitaban sus tentativas. Se ha dicho que confundían la 'guerra de movimientos' con la 'guerra de posiciones'. La confusión era más amplia en realidad, ya que ignoraban los componentes consensuales de la dominación, el conjunto de 'equilibrios inestables' sobre los que se basaban los estados de bienestar periféricos que se habían configurado en los países más desarrollados de A.L.³³; los procedimientos de 'revolución pasiva' que habían llevado a cabo los regímenes populistas.³⁴ Las armas adquirían poder taumatúrgico, aseguraban el carácter 'revolucionario' de la lucha emprendida, mas allá del programa efectivo de transformaciones que se intentaba realizar, no siempre muy preciso mas allá de la genérica apelación socialista. No se planteó la necesidad de construir una visión del mundo que encarnara en las masas, para oponerse a la hegemónica.

Deseaban fuertemente tener frente a sí a un 'Oriente' semicolonial y estructuralmente 'simple', de insignificantes minorías muy ricas, y abrumadoras mayorías muy pobres. Y con ello, un estado sometido unilíneamente a la voluntad de las multinacionales y demás representantes del 'imperialismo'. Ese cuadro permitía pensar en una cercanía en el tiempo, en una 'facilidad' de la revolución. La complejidad creciente de sociedades como Argentina, Brasil o México, yacía a la espera de ser descubierta por una izquierda que en buena parte había decidido ignorarla,

³³ "la vida estatal es concebida como un continuo formarse y superarse de equilibrios inestables (en el ámbito de la ley) entre los intereses del grupo fundamental y los de los grupos subordinados, equilibrios en los que los intereses del grupo dominante prevalecen pero hasta cierto punto, o sea no hasta el burdo interés económico-corporativo." (C, V, p. 37)

³⁴ El concepto de 'revolución pasiva', o 'revolución-restauración' es fundamental para entender el proceso latinoamericano y las políticas de las clases dominantes en especial., en tanto que respuesta a amenazas más o menos concretas provenientes del 'abajo' social. "...ambas expresan seguramente el hecho histórico de la ausencia de una iniciativa popular unitaria...y el otro hecho de que el desarrollo se ha verificado como reacción de las clases dominantes al subversivismo esporádico, elemental, inorgánico de las masas populares con 'restauraciones' que han acogido una cierta parte de las exigencias de abajo, por lo tanto 'restauraciones progresistas' o 'revoluciones-restauraciones' o incluso 'revoluciones pasivas'. (C, IV, p. 205)

pensando que la transformación revolucionaria estaba 'a la vuelta de la esquina', y que el problema fundamental se reducía a visualizar el poder, entendido como el núcleo coercitivo permanente que subyacía (y sustentaba) a las formalidades del gobierno político, y defendía las relaciones sociales de explotación.

Afirmaba Aricó, refiriéndose a ese período:

"Allí donde se producían metamorfosis profundas del capitalismo "dependiente" la izquierda sólo podía descubrir descomposiciones catastróficas, preanuncios de derrumbes que alimentaban sus pujos jacobinos; no estaba en condiciones de observar y de aprovechar en su beneficio los procesos de modernización a los que las sociedades latinoamericanas estuvieron sometidas a partir de la crisis de 1930."³⁵

Un balance reflexivo de esas experiencias nos lleva a la necesidad de superar de modo definitivo esos enfoques unilaterales, que mas allá de su intencionalidad revolucionaria, resultan empobrecedores del pensamiento, y de la acción política. Pensamos que es una deducción válida la de que los revolucionarios latinoamericanos necesitan construir una *praxis* de raigambre gramsciana, en cuánto vía para captar toda la complejidad de nuestra realidad, la múltiple dimensión de la sociedad de clases. La preocupación de Gramsci por el tema cultural, la primacía que asigna a lo político, sus advertencias contra variados reduccionismos, fueron utilizados por muchos intelectuales, ya en los años ochenta, para erigir a G en una vía de salida del pensamiento revolucionario, en su paso del marxismo al 'post/marxismo' tan en boga en las últimas décadas. La operación es 'rentable' en términos de arrimar legitimación teórica: Se abandona la tradición del marxismo, apropiándose, se pasa del compromiso con la acción colectiva al individualismo académico, con el 'aval' del pensamiento de un gran comunista como Gramsci, 'recortado' y seleccionado a tal fin.

Por otra parte, el carácter 'previo' del momento de la dirección intelectual y moral respecto a la obtención del poder político³⁶, la necesidad de construir y expandir una nueva visión del mundo para aspirar a cambiar la dirección de clase de una sociedad, no implica negar gravitación al momento del dominio, el de la fuerza, de definir lo que es una lucha por el poder. Dirección intelectual y dominación política son, en definitiva, 'dos caras de una misma moneda'³⁷

Es cierto que la izquierda latinoamericana no tenía la sociedad civil en la mente, que era 'estadolátrica'³⁸ debido a su incomprensión de la problemática de la hegemonía, a fuerza de considerar al estado como sede única de un poder político 'cosificado', cuyo vínculo de clase se reducía a unos capitalistas que daban 'órdenes' a 'su' estado, en función de intereses

³⁵ Aricó, J. *Entrevistas...*, p. 91.

³⁶ "...puede y debe existir una actividad hegemónica incluso antes del ascenso al poder...no hay que contar sólo con la fuerza material que el poder da para poder ejercer una dirección eficaz..." C. V, p. 387. (Ver C. I, 44.)

³⁷ cf. Atilio Borón, "La selva y la polis. Reflexiones en torno a la teoría política del zapatismo." *Observatorio Social*, (OSAL) Junio de 2001, p. 182.

³⁸ "Se da el nombre de estadolatría a una determinada actitud hacia el 'gobierno de funcionarios' o sociedad política, que en el lenguaje común es la forma de vida estatal a la que se da el nombre de Estado y que vulgarmente es entendida como todo el Estado." C, III, p. 282.

predefinidos, tanto en el plano inmediato como en el estratégico, que tenían en aquel no a un organizador y articulador, sino a un mero 'ejecutor'. Pero nunca es bueno (ni siquiera como reacción inicial, y ya han pasado varios años), el tratar de superar una unilateralidad con otra de signo opuesto.

La concepción ahistórica del estado hecha por el neoliberalismo, doctrina interesada en legitimarse en tanto que defensora del 'mercado' frente a las imposiciones del poder público, y en última instancia de la 'sociedad' frente al 'estado', se ha expandido mucho más allá del campo más o menos conscientemente identificado con el pensamiento conservador. Todo fenómeno originado en la sociedad civil aparece positivo, cómo si no fuera un hecho que gran parte de ésta está articulada al servicio de la dominación de clase. Y so capa de superar un pensamiento de izquierda que sólo pensaba en la conquista del estado, pasa a estar virtualmente 'prohibido' dedicar la menor actividad o incluso pensamiento al tema del poder estatal. El riesgo es claro: Que las relaciones de poder fundamentales puedan asistir intactas al desarrollo de un enfoque de 'democracia radical' que halla compatible la proclamada radicalidad con no cuestionarlas a fondo. El radicalismo democrático corre peligro de convertirse en 'radical impotencia' o 'radical adaptación', pero sin rozar siquiera al núcleo duro del poder social, dedicándose a un hipotético espacio situado 'más allá del estado y del mercado'.

Las categorías de G, esencialmente dinámicas e históricas, y remitidas a una visión totalizadora, necesitan ser vistas en su articulación recíproca. De lo contrario, el pensamiento del italiano queda convertido en una suerte de 'caja de herramientas' de la que se saca lo que se juzgue eventualmente útil para un propósito político-intelectual adoptado de antemano.³⁹

La idea de que se tienen enfrente sectores sociales que desarrollan (e imponen) un orden de explotación, de desigualdad e injusticia, por medio de su hegemonía, pero que ésta se halla acorazada de coerción, necesita ser revalorizada como un componente importante del pensamiento gramsciano. Las metáforas bélicas de Gramsci son eso, metáforas, pero no son arbitrarias ni casuales: G seguía pensando, en línea con la tradición marxista, al conflicto de clase como el 'eje' sobre el que se articula todo el proceso histórico. Sus aportes, como hemos visto en el párrafo anterior, apuntan hacia una visión más multidimensional y dinámica, pero no hacia la minusvaloración de ese eje de interpretación.

Tal como señala Guido Liguori refiriéndose al pensamiento gramsciano en general, nos encontramos en América Latina, con 'dos Gramsci': el dirigente comunista empeñado en la revolución socialista, y el socialdemócrata y hasta liberal, 'desgajado' de la tradición marxista y

³⁹ ¿Cuál es el mayor peligro al analizar la teoría de la política y el poder en Gramsci y su vínculo con Marx? Principalmente la tentación de violentar su propio método y, por lo tanto, deshistorizarlo. Sucede que, a pesar de que existe actualmente un consenso ampliamente mayoritario acerca del método gramsciano (que gira en torno al historicismo) en no pocas oportunidades se recortan sus escritos, se "mezclan", se vuelven a pegar y... ¿qué tenemos? Un hermoso collage que sirve para legitimar prácticamente cualquier cosa: los famosos "usos" de Gramsci. (N. Kohan, "Hegemonía y poder..." , p. 21)

del pensamiento socialista.⁴⁰ Lo curioso, pero explicable en términos histórico-políticos, es que el mismo núcleo de intelectuales fue portador, a pocos años de distancia, de ambas concepciones.⁴¹

El fracaso de un determinado instrumental para arribar al socialismo, no debería confundirse con el fracaso y consiguiente abandono de ese objetivo socialista. Sin embargo, en A. L. la relativa novedad a partir de mediados de la década del ochenta, de la existencia de democracias parlamentarias estabilizadas, con un desarrollo institucional y una vigencia de las libertades públicas suficientes como para no permitir considerarlas una mera 'fachada' del autoritarismo, cegó con su brillo a amplios sectores de la izquierda, y entre ellos a buena parte de los que se habían mostrado más receptivos a una comprensión más integrada, menos determinista y economicista, de los procesos sociales.

Se abrió paso cierta interpretación de las potencialidades de las 'nuevas democracias', de tenor ampliamente optimista, si bien sustentado en el pesimismo radical en cuanto a las posibilidades de superar el régimen social existente después de la derrota. Se asignaba incluso cierto rol taumatúrgico para el cambio social, a las 'reglas de juego' de una política basada en el sufragio universal, las libertades públicas y las garantías individuales. Podemos estar de acuerdo en que esos tres aspectos tienen un valor propio, y todas ellas eran 'carencias' en las sociedades latinoamericanas, pero no podían modificar de por sí el mapa social.

La intelectualidad gramsciana, que había aportado parte de la mejor reflexión marxista de los 60'-70', pasó a enrolarse a favor de una renuncia al cuestionamiento de las relaciones sociales de producción y del poder del estado. El centrarse en la 'sociedad civil' se interpretaba en términos de un enfoque político-cultural dirigido a las llamadas 'superestructuras' y a la disputa en ese terreno entendida sobre todo como 'crítica cultural', pero aceptando la democracia representativa como democracia *tout court*, y abandonando la idea misma de revolución social. La destrucción de las organizaciones populares y la desarticulación de la 'visión del mundo' que propiciaban en los 60-70' por las dictaduras más sangrientas de la historia de la región, el dolor de la derrota, la presión ideológica en el plano mundial desatada por un capitalismo que se reconfiguraba y se reorganizaba en un sentido mucho menos proclive a las concesiones económicas y políticas a las clases subalternas, impulsaron ese viraje, ese 'gramscismo' que dejaba de ser marxista, que renunciaba a la transformación radical de la sociedad, que reducía el objetivo de autogobierno y autoorganización de las masas a una aceptable vigencia de las libertades públicas y la democracia representativa. Aparecía con insistencia, no ya en el

⁴⁰ En varios pasajes de la obra de Guido Liguori, *Gramsci conteso. Storia di un dibattito 1922-1996* se encuentran alusiones a esta dualidad de puntos de vista, partiendo del prólogo, pp. X-XI.

⁴¹ En Argentina, el núcleo de intelectuales que se separa de la tradición comunista en los primeros años 60' y da vida a la revista *Pasado y Presente* (J. C. Portantiero, José Aricó, Oscar del Barco, Héctor Schmucler, etc.), se acerca a la experiencia de lucha armada en los 70', y realiza una vasta tarea de examen, traducción y divulgación del pensamiento marxista en general, y el de Gramsci en particular, retorna en los 80', luego del exilio, con una publicación como *La Ciudad Futura* y un agrupamiento político-intelectual como *El Club de Cultura Socialista*, proponiendo la aceptación plena de una 'democracia sin adjetivos' (ya no 'burguesa' o 'formal'), y de la 'economía de mercado' (ya no identificada con la explotación capitalista) como el horizonte dentro del cual debían desenvolverse las aspiraciones transformadoras.

pensamiento oficial, sino en corrientes de tradición crítica, la idea de que los cambios a propiciar no debían afectar la 'governabilidad' del sistema.

Hay una frase de Aricó, uno de los gramscianos más destacados de A.L, de su última época, que resume todo un programa de acción:

"La pretensión de mantener unidos democracia y socialismo supone en la práctica política la lucha por construir un orden social y político en el que la conflictualidad permanente de la sociedad encuentre formas de resolución que favorezcan su democratización sin generar su ingobernabilidad"⁴²

La utopía democrática suplantaba a la utopía revolucionaria, pero con desconocimiento, para nada 'gramsciano' de las relaciones de fuerzas en que la democracia representativa se restauraba, y las amplias posibilidades que éstas brindaban para contrarrestar cualquier impulso renovador procedente desde 'abajo' que atravesara el nuevo orden político, que mal ocultaba un orden social más desigual y excluyente que nunca antes. La democratización bajo el signo de un liberalismo político más o menos consecuente, prometía una modernización de la arena política, y una disminución de los poderes 'corporativos'. Ingenuamente, se pensaba que también podían reducir la influencia de los conglomerados económicos fortalecidos en los periodos dictatoriales.⁴³ Ni la embestida 'anti-corporativa' ni el rescate de lo salvable de las políticas keynesianas tuvieron éxito, y la mesa quedó puesta para la imposición del consenso de Washington y de las 'reformas de mercado', que terminarían de consumir las derrotas de la década de los 70'. Y para un cada vez más notable desplazamiento de la toma efectiva de decisiones a los organismos y corporaciones internacionales, fuera del alcance de instituciones políticas locales cuya respuesta fundamental es acatarlas sin chistar.

Este enfoque 'transformista' de la nueva situación, se daba en una coyuntura que, con singular velocidad, se reveló como nada propicia para apostar a avances sociales por la vía de las reformas: Se derrumbaban conquistas de los trabajadores que se habían juzgado irreversibles, el estado abandonaba roles que parecía haber asumido definitivamente, un proceso de concentración capitalista de vastísimos alcances reorganizaba sectores enteros de la economía (y de la sociedad toda), mientras hacía desaparecer o reducía a su mínima expresión a otros, todo en dirección favorable a la concentración y centralización del capital. Los 'campesinos pobres' y el 'proletariado industrial' que habían constituido el sujeto revolucionario en el imaginario de la izquierda por décadas, se encontraban disminuidos en número y modificados en su textura social y cultural. Organizaciones populares de sólida y prolongada trayectoria habían desaparecido, o al menos perdido buena parte de su poder e influencia.

⁴² . Aricó, *Entrevistas...* p. 116

⁴³ En estas posiciones resuena algo de la propensión de los intelectuales a concebir al estado como 'una cosa en sí' un 'absoluto racional' y ver a su propia función como 'absoluta y preeminente' en los países periféricos. (Ver C, IV, p. 233). Los intelectuales tienden a verse a la cabeza del proceso de 'transición a la democracia', y a supervalorar lo que las instituciones estatales podían hacer, con prescindencia de un poder económico al que luego re-descubrirán, como 'teniendo cautiva' a la política.

Los funcionarios del sistema retroceden en los años de restauración democrática desde las formas de la política de masas imperantes hasta los 70', a formas clientelísticas que parecían superadas. Se 'modernizan' (a menudo superficialmente) los procesos de producción, las relaciones de trabajo, las comunicaciones, ciertos aspectos de la actividad política encarada como *marketing* y espectáculo electrónico, pero al mismo tiempo se arcaíza la relación con los sectores subalternos, que se vuelve más heterónoma, más volcada sobre un asistencialismo que se 'privatiza' (en su totalidad o sólo en su gestión) y constituye la base de relaciones asimétricas y personalizadas, frente al orden más impersonal y menos asimétrico del periodo anterior. La heteronomía avanza en lugar de retroceder, y amplios sectores de la sociedad se ven sumergidos en una lógica de la supervivencia, del 'día a día', que los retorna a un lugar social ampliamente manipulable por procedimientos clientelísticos.

En esas condiciones, la apuesta a una limitación del poder del gran capital más o menos indolora, sobre la base de las re-instauradas instituciones representativas, era de sombrío pronóstico, y a poco andar quedó demostrado que era sólo 'soñar con los ojos abiertos'.

Es importante analizar la cuestión de la hegemonía y la contra-hegemonía en América Latina, sobre el fondo del 'movimiento orgánico' y no del 'coyuntural', dirigiéndonos a la 'gran política' y no sólo a la 'pequeña política'.⁴⁴

Pensamos que se ha agotado un período de 'larga duración': el de la consolidación de estados nacionales latinoamericanos, basados en la incorporación subordinada al mercado mundial, con una dominación de clase que comenzó expresándose a través de 'repúblicas oligárquicas' y luego fue desarrollando propuestas de modernización económica y también política, ampliando su base social con nuevos sectores sociales 'integrados' al orden social capitalista.

La construcción hegemónica de las clases dominantes (con aspiración a ser dirigentes), se basaron primero en diferentes variantes de la promesa de orden y modernización (el 'orden y progreso' de Brasil, o 'paz y administración' de Argentina), asentado materialmente en la prosperidad derivada de la exportación agraria o minera, en el orden político en la construcción de diferentes variantes de 'repúblicas oligárquicas', y en lo cultural en un proceso de uniformación que procuraba construir, desde el estado, 'identidades nacionales' hechas a medida del poder social y estatal que se procuraba legitimar.

A *posteriori*, ya avanzado el siglo XX, las iniciativas de diversificación de la economía e industrialización, junto con las promesas de integración política a través de la libertad efectiva del sufragio, el reconocimiento y adjudicación de cuotas de poder a las organizaciones de trabajadores, y la instauración de versiones 'pobres' pero eficaces en su medida de los estados

⁴⁴ "La pequeña política, las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida por las luchas de preeminencia entre las diversas fracciones de una misma clase política. Por lo tanto, es gran política el intentar excluir la gran política del ámbito de la vida estatal y reducirlo todo a aquella política. (C, II, p. 242)

de bienestar del capitalismo desarrollado, produjo una 'reorganización' de la hegemonía, con diferentes distribuciones de poder al interior de las clases dominantes. y la presencia de un estado que intervenía más activamente para lograr esos 'equilibrios inestables' en que los intereses de la clase dominantes predominaran, pero no hasta el 'límite de lo económico-corporativo'. Se apoyaba en los mitos fundantes del Estado-nación, modificándolos sólo parcialmente. El Estado, a menudo dirigido por distintas vertientes de los que podríamos considerar 'cesarismos progresivos', allegaba consenso para un rol que se presentaba como el de instaurador del bien común frente al 'egoísmo' de las antiguas oligarquías.

El transcurso de las décadas de los 60' a los 80' contuvo una demostración adicional de ductilidad en el manejo de los regímenes políticos de parte del bloque de clases dominantes. Los procesos de radicalización de masas que se produjeron en varios países, con el estado de corte desarrollista o populista sobrepasado por una acción de masas que primero amplió sus demandas, y luego apuntó directamente a destruirlo para encarar un 'tiempo nuevo', ya no capitalista, impulsaron a terminar con una democracia parlamentaria que se había tornado peligrosa. Así fue que aún en los baluartes más firmes del régimen parlamentario en la región (Chile y Uruguay), se instalaron una suerte de 'cesarismos regresivos'⁴⁵, que mediante el uso masivo de la violencia, permitieron salir de las situaciones de empate prolongado o de defensiva de las clases dominantes, y proporcionaron las condiciones para descabezar a las dirigencias de las clases subalternas y luego iniciar cambios en profundidad, con un contenido de restauración del dominio más pleno de la clase, que a su vez producía su propia reorganización. Estos procesos, asimilables a una cierta fase del proceso gramsciano de 'revolución pasiva'⁴⁶, pasaron luego nuevamente a regímenes democráticos, que completarían, en condiciones de allegar mayor legitimidad, las transformaciones estructurales iniciadas bajo la égida militar.

Así, un primer período con predominio de la destrucción, con la represión militar en primer lugar, dio lugar a un período 'constructivo' de reformas estructurales modernizadoras de una estructura populista en bancarrota.

De procesos apoyados casi solamente por el núcleo más concentrado del gran capital, y por las derechas, sea liberales o fascistoides, se pasa a una 'transición a la democracia' que sigue una orientación económica y social de fondo semejante a la dictatorial, pero allegando al comienzo consensos mucho más amplios, atraídos por la posibilidad de constituir una 'sociedad plural' que

⁴⁵ Vale recordar que, a partir de mediados de la década de los 70', sólo en Colombia, Venezuela y Costa Rica se mantuvieron regímenes parlamentarios. Perú, en 1980, fue la primera 'reapertura democrática' de la región.

⁴⁶ Nos parece especialmente adecuada a los procesos de historia reciente de A.L. la definición de revolución pasiva que da Donatella Di Benedetto: "La 'revolución pasiva' implica por lo tanto la capacidad de las clases dominantes, frente a la explosión de las contradicciones sociales y políticas, de gobernar, integrar destruyendo las contradicciones fundamentales evitando que devengan protagónicas en la crisis 'masa' o 'conjunto'. (D. Di Benedetto..., p. 266). La 'revolución pasiva' es un tipo de proceso que recorre toda la historia latinoamericana, desde el momento de la independencia y constitución de los estados nacionales, realizado inequívocamente 'desde arriba', con aparatos estatales que se construían, dando forma a la vez a la estructura de clases de la sociedad y sentando las bases para un tipo de desarrollo que incluyera la incorporación al mercado mundial. Por comenzar, estos 'estados-nación' no tenían naciones (ni siquiera protonaciones) que les fueran preexistentes, y las deberán conformar a partir de la acción estatal en el terreno militar, político e ideológico-cultural. Se encuentran referencias abundantes al tema en José Aricó, *Marx y América Latina*, Catálogos, 1980, sobre todo en su último capítulo.

permitiera influir desde las organizaciones de la sociedad civil sobre un poder político sometido al voto popular. Ciertos rasgos de los 'estados-fortaleza' dictatoriales, peligrosamente 'autonomizados'⁴⁷ indujeron a las burguesías locales y a los EE.UU, todavía librando la guerra fría por ese entonces, a impulsar el paso a gobiernos civiles, procurando una revalorización de la democracia que a su vez excluyera el cuestionamiento a fondo de las relaciones sociales productoras de explotación y alienación.

Esa revalorización de la democracia parlamentaria, llega a incluir un amplio proceso de 'transformismo' que permite a corto plazo la captación de parte de la intelectualidad de izquierdas para el apoyo, entusiasta o resignado, a las sucesivas generaciones de 'reformas estructurales' implementadas a instancias del gran capital internacional, con la progresiva cooptación para su causa de las burguesías y las dirigencias políticas locales.

El proceso puede ser interpretado de modo válido, como la expresión de un avance económico y político comandado por lo más concentrado del gran capital, que pretende eludir todo pacto, toda concesión, y hacer prevalecer completa, de la 'a a la z' su visión del mundo, y sus intereses económico-corporativos. No aparecen los elementos de compromiso, de 'equilibrio' que G. subraya una y otra vez en su construcción del concepto de hegemonía. La clase dominante pierde capacidad de hegemonizar a otros sectores sociales, en cuánto se le hace difícil aparecer como 'haciendo avanzar a toda la sociedad'.⁴⁸

La idea de lograr la 'dirección intelectual y moral' de otros grupos, la de hacer prevalecer los intereses del grupo dominante, pero no plenamente, la de privilegiar una estrategia que permita acompañar la coerción con un consenso incluso activo, han quedado postergadas para el gran capital en el último cuarto de siglo, y sus 'intelectuales orgánicos' y los 'aparatos de hegemonía' no han hecho nada significativo para atenuar esa tendencia. Parece guiarse sólo por la búsqueda del cumplimiento, cuando más rápido mejor, de todos sus objetivos 'de máxima' en cuánto a acumulación. De ese modo, la 'supremacía de clase' actual en A.L no incluye la construcción de un consenso activo, que pueda ser 'encuadrado' organizacionalmente en las instituciones de la sociedad civil. Más bien se apuesta al repliegue a la vida privada de las clases subalternas, del que sólo deberían salir para votar periódicamente.

Sin embargo, sigue en pie una contradicción. Los poderosos han decidido apostar a la democracia representativa, a la que Gramsci consideraba el escenario apropiado para el 'ejercicio normal de la hegemonía'. Ese ordenamiento político implica, entre otras cosas, una

⁴⁷ Quizás el caso extremo fue el de Argentina, con el inopinado ataque a las Islas Malvinas. Pero la deriva nacionalista y hasta 'socializante' de un período de la 'Revolución Peruana', un amago similar en Bolivia, el coqueteo con el enfrentamiento bélico entre Argentina y Chile en 1978-79, fueron todos hechos que hicieron dudar seriamente de la confiabilidad de las dictaduras, una vez cumplida eficazmente su inicial función represiva.

⁴⁸ Gramsci utiliza esta expresión, para caracterizar el período en que una clase dominante es 'progresista', y por lo tanto puede captar al conjunto de los intelectuales, incluyendo a los tradicionales. Cuando pierde este carácter, tiende a recaer en el autoritarismo "Este fenómeno se verifica 'espontáneamente' en los períodos en que aquella determinada clase es realmente progresista, o sea hace avanzar a toda la sociedad, no sólo satisfaciendo sus exigencias existenciales, sino ampliando continuamente sus cuadros por una continua toma de posesión de nuevas esferas de actividad industrial-productiva. Cuando la clase dominante ha agotado su función, el bloque ideológico tiende a resquebrajarse y entonces a la 'espontaneidad' sucede la 'constricción' en formas cada vez menos larvadas e indirectas, hasta llegar a las auténticas medidas policíacas y a los golpes de estado." (C, I, p. 108)

organización del Estado que presenta, en principio, mayor permeabilidad frente a las demandas o presiones que provienen de las clases subalternas. Al menos en el plano teórico, hay una suerte de complementación: El estado capitalista absorbe presiones por la mejora de la situación de las clases subalternas, mientras que la clase burguesa ofrece una sociedad lo suficientemente 'abierta' como para que algunos miembros de la clase subalterna cambien su situación de clase. Sin embargo, ninguna de ambas cosas se da en plenitud en las democracias latinoamericanas.

Se abre así una paradoja: En esta nueva fase en que se rige por normas de legitimación nacidas de elecciones libres y que está sujeto a respetar la vigencia de las libertades públicas, es cuando la relación estado-clases subalternas se vuelve más distante, manteniéndose en los límites de la acción desorganizadora (con componentes en muchos casos muy sofisticados) y de la vinculación clientelística (que tiene fuertes elementos de 'retorno al pasado' a formas de relación estado-clases subalternas más propias de las épocas de 'repúblicas oligárquicas'). El gran capital apostó en realidad a una atenuación de la lucha de clases, y una correlativa baja del cuestionamiento político a su dominio, basado en la previa derrota política de sectores de las clases subalternas, y en la imposición de un modelo de acumulación capitalista con fuertes diferencias con el que había seguido su curso hasta ese momento, cuyas bases se sientan en las dictaduras militares, y cuyos perfiles se ajustan definitivamente ya en condiciones de democracia representativa

El bloque en el poder no aspira hoy seriamente a ejercer la dirección por fuera del núcleo capitalista, sino a la neutralización y debilitamiento político e ideológico, a la desorganización y parálisis política, al retiro duradero de la esfera pública de las clases subalternas. Toda intervención 'de masas' (aun las de carácter subordinado, heterónomo) es vista como potencialmente peligrosa para la 'governabilidad' del sistema, a la que se percibe ligada a una apatía política que permita avanzar hacia la utopía del 'estado mínimo' o 'estado modesto', fiscalmente menos costoso, e inmunizado contra el peligro de prohijar organizaciones que pueden volverse anticapitalistas o al menos perturbar la lógica de la acumulación.⁴⁹

Y allí está precisamente una de las claves: el haber impartido con éxito al conjunto social un mandato implícito de 'no hacer olas' para no colocar en riesgo la estabilidad democrática en curso desde los años 80'.⁵⁰ La amenaza está, apenas velada: El retorno a la 'noche dictatorial', a la destrucción ilimitada de toda disidencia, al 'castigo' inexorable de toda contestación social, sin excluir el borramiento definitivo, la 'desaparición'.

⁴⁹ Lo explica con claridad C. N. Coutinho: "...ese modelo societario presupone y estimula la baja participación política (la apatía es vista como condición para evitar el congestionamiento de las demandas), además de apostar por el debilitamiento de las instancias globalizadoras de la política –descalificadas en cuanto "ideológicas" – y por la proliferación de formas de representación puramente corporativas y sectoriales, como es el caso de la mayoría de las ONG ..." (Coutinho, "El concepto de sociedad civil...", p. 41)

⁵⁰ Carlos M. Vilas aplica esta metáfora, a la actitud, ampliamente extendida en la izquierda a partir de los 80', de adaptarse a las condiciones de las democracias latinoamericanas 'realmente existentes', en nombre de la 'governabilidad', de 'no sobrecargar de demandas a los aparatos del estado y 'no introducir inseguridad o pánico en los actores que se ubican a la derecha del espectro político.' C. M. Vilas, "La izquierda en América Latina...P 267,

La consigna es que cada miembro de la sociedad ocupe dócilmente su lugar en la división del trabajo (lo que incluye a menudo algo más difícil, como es resignarse a no tener lugar en ella), y no trate de incursionar en otros campos. Así las cosas la política resulta una tarea de 'especialistas', un mal necesario, destinada a quedar en manos de una elite política que puede ser limitada intelectualmente y éticamente corrupta, que si se extralimita en sus atribuciones, es susceptible de ser barrida y reorganizada cuántas veces sea necesario. Nótese entre otros datos la frecuencia antes desconocida con la que mecanismos de *impeachment*, renuncias más o menos forzadas u otros similares han terminado con mandatos presidenciales constitucionales en la A.L de los últimos años, sin contar los que terminaron sus períodos para ir a la cárcel muy poco tiempo después.⁵¹ Siempre con las clases dominantes manteniendo firme el timón y sin importar cuál fieles hayan sido esos políticos a sus indicaciones y a la realización de sus reivindicaciones, una vez convertidos en 'material descartable'. O, en la misma línea, la fluidez de las estructuras partidarias, con casos en las que largas décadas de trayectoria quedan sepultadas bajo fuerzas políticas nuevas, que terminan no trayendo ninguna novedad sustancial, o con los partidos políticos tradicionales metamorfoseados hasta lo irreconocible.⁵² El resultado más eficaz es que, por condicionamiento y por presión, por manejo de 'aparatos hegemónicos' en medida mayor que el Estado nacional, los conglomerados empresarios garantizan la aplicación fiel de sus políticas, sin tener que tomar la responsabilidad directa de la misma, ni afrontar el 'costo' de sus resultados negativos. Los círculos de la gran empresa suelen, incluso, sumarse entusiastas a la generalizada denigración de la "clase política", ya que ese desprestigio tiene al menos dos consecuencias que les son gratas: a) La 'despolitización' voluntaria de amplios sectores sociales, al mantenerse al margen de una actividad a la que juzgan esencialmente mentirosa y corrupta; b) El desviar la aversión que podría despertar la actitud de los grandes capitalistas, hacia quiénes cada vez más válidamente se puede considerar su 'personal subalterno'.

Pero es indudable que esta forma de funcionar de la democracia parlamentaria, plantea un problema 'orgánico' a la misma:

"Mientras desde la conducción del Estado se proclama la construcción de una nueva hegemonía basada en la posibilidad alcanzable y percible de "hacer avanzar a la sociedad hacia adelante", ingresando al "Primer Mundo", a la manera de la generación del ochenta y su orden liberal-oligárquico, de resolver, en suma, la crisis de hegemonía abierta con el derrumbe de aquel orden, todavía sigue siendo un enigma de la teoría política como compatibilizar el sistema

⁵¹ De Carlos Menem a Carlos Salinas de Gortari, de Carlos Andrés Pérez a Fernando Collor de Melo, Alberto Fujimori y Abdala Bucaram, la destitución ha terminado mandatos presidenciales, y las órdenes de prisión o pedidos de captura han coronado su expiración, a lo largo y ancho de América Latina. La variante de los últimos cinco o seis años, ha sido el que los procesos de destitución formales han sido rebasados por irrupciones populares que produjeron una suerte de revocatoria 'de hecho', incluso repetida en el caso de Ecuador.

⁵² Nos referimos a fenómenos como el hundimiento del bipartidismo venezolano, después de décadas de alternancia de Acción Democrática y COPEI, o a la supervivencia de partidos como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria, haciendo escarnio de su denominación con el apoyo al gobierno de Hugo Bánzer.

democrático, que implica la inclusión política legal del conjunto de los ciudadanos, con las políticas de ajuste que expulsan a grandes masas humanas de las posibilidades mismas de subsistencia.”⁵³

Este problema no sólo sigue sin solución, sino que se agudiza. En realidad, la sociedad sólo ‘ha avanzado’ para el punto de vista de ciertos sectores del gran capital, mientras que para las mayorías la perspectiva es, en el mejor de los casos, de estancamiento, y en el peor, de empobrecimiento y desempleo duradero.

Las fuerzas articuladas por el gran capital parecen haber cambiado hoy (al menos en A.L) de modalidad a la hora de sostener su ‘capacidad de dirección’. Tienden no a desarrollar los amplios mecanismos de cooptación, las ‘trincheras’ de la sociedad civil, sino a convertir a los miembros de las clases subalternas en un ‘polvillo individual e inorgánico’⁵⁴, para usar una de las más brillantes metáforas de Gramsci. Les ofrecen el disfrute de los adelantos tecnológicos (muy en especial los alcanzados en el área comunicacional) vía ‘apertura económica’, las ampliadas posibilidades de consumo (real o simbólico), y el ejercicio del paradigma del individuo-empresario, en competencia contra todos sus congéneres para acceder a un lugar mejor en una sociedad ultra-mercantilizada, y en el que convertirse en ‘perdedor’ es en gran medida responsabilidad propia del individuo. Todo ello, por cierto, en la versión ‘pobre’ de nuestras sureñas sociedades, muy alejada de cualquier idea de ‘sociedad de la satisfacción’ al estilo de las sociedades del ‘norte’ próspero. No sólo no estimulan la acción colectiva, sino que procuran activamente desarticularla cuando se da por iniciativa ‘de abajo’.

Para el caso de los que mantienen el trabajo, intenta además diseñar, un nuevo tipo de trabajador, que pretende modificar profundamente los modos de trabajo y la configuración cultural y psicológica del trabajador que vienen de la etapa ‘fordista’ hallando nuevas formas de ‘hacer nacer la hegemonía en la fábrica’⁵⁵, como así también de construir un sistema de coerciones morales e ideológicas sobre la vida extralaboral de los trabajadores, que los someta plenamente. Es el trabajador empresario de sí mismo, identificado con la compañía con la que trabaja, cuyo perímetro para la acción colectiva termina en el pequeño grupo de pertenencia (el ‘círculo de calidad’, el sector de trabajo) y que está enfrentado incluso a los trabajadores de su propia empresa y hasta de su propia planta (el ‘cliente interno’). El reconocimiento a un nivel de conciencia y acción económico-corporativo, de la organización de los trabajadores, ha

⁵³ Aricó, *Entrevistas...*, p. 73.

⁵⁴ “La opinión pública es el contenido político de la voluntad política pública que podría ser discordante: por eso existe la lucha por el monopolio de los órganos de la opinión pública: periódicos, partidos, parlamento, de modo que una sola fuerza modele la opinión y con ello la voluntad política nacional, convirtiendo a los disidentes en un polvillo individual e inorgánico.” (C, III, p. 197)

⁵⁵ La idea de una hegemonía que nace en la propia fábrica, en la misma relación de trabajo, es presentada por Gramsci en los pasajes de los *Cuadernos* en que analiza el ‘americanismo’ y el ‘fordismo’ como ‘...combinando habilmente la persuasión (altos salarios, beneficios sociales diversos, propaganda ideológica y política..) y consiguiendo basar toda la vida del país sobre la producción. La hegemonía nace en la fábrica y no tiene necesidad de ejercerse más que por una cantidad mínima de profesionales de la política y de la ideología.’ C., VI, p. 66. En la actualidad, el *menú* de recursos para lograr el sometimiento del trabajador es bien diferente al de la época ‘fordista’, tendiendo a disminuir el papel de los altos salarios y los beneficios, y quitando la estabilidad laboral y la reglamentación estricta de las tareas que eran propias del ‘fordismo’. La continuidad está dada porque el proceso productivo y las relaciones de trabajo se reorganizan de formas que en sí mismas contienen la conformación de hábitos de sometimiento y de una ideología amoldada a las necesidades de los patrones.

amenguado, y se busca directamente la asunción del trabajo como parte de una 'carrera' individualista, con el pequeño grupo como horizonte exclusivo, en el que operan la exigencia mutua de mayor rendimiento, la persecución conjunta de las metas de productividad⁵⁶, la elaboración de sugerencias para 'mejorar' el proceso de producción (y con ello la rentabilidad de la empresa). El sindicato no tiene allí ningún lugar importante, y la organización interna en la fábrica, menos todavía.

Desorganizar, fragmentar, replegar a lo privado, 'seducir' por la creciente oferta de consumo, son caminos de búsqueda de la pasividad de las masas, en nada coincidentes con la generación del consenso 'activo' al que hace referencia Gramsci como uno de los contenidos de la hegemonía. Es más un consentimiento a la propia despolitización, teñido de lo que Therborn llama 'el sentimiento de inevitabilidad'.⁵⁷

El Estado, aun con formas constitucional-democráticas, muestra una paradójica 'impermeabilidad', antes desconocida, a las presiones de las clases subalternas, una disposición a exponerse incluso a altos niveles de impugnación y conflicto, con tal de no sufrir ninguna alteración en sus relaciones con la gran empresa, por otra parte enteramente volcadas a derribar las conquistas de los trabajadores y a debilitar sus organizaciones. Los gobernantes se jactan una y otra vez de su intransigencia frente a las demandas y movilizaciones populares, su vocación de 'estadistas' que pueden sostener las decisiones impopulares, sin pararse en cálculos de corto plazo.

Gran capital y estado mantienen (e incluso incrementan) el predominio económico, político (legitimado democráticamente) e ideológico-cultural (el neoliberalismo rampante, a través de la abrumadora prédica de que 'no hay alternativa') pero no existe una verdadera acción hegemónica en ese predominio. Por el contrario hay fuertes componentes de marginación de sectores progresivamente más amplios de las clases subalternas. Sin compromisos, sin concesiones, sin promesas verosímiles para el futuro, sólo se mantiene el lugar de dirección en cuánto se sigue transmitiendo con cierta eficacia la creencia en la imposibilidad de otra orientación, en la no viabilidad de las luchas sociales y la acción política como factores de cambio. Y la elusión de responsabilidades, utilizando la 'globalización', como una ideología que presenta al curso de la realidad como decidido en ámbitos sobre los que ni gobiernos ni clases dominantes locales (cada vez más transnacionalizadas) no pueden influir, y se impone por tanto como una 'fuerza de la naturaleza'.⁵⁸ La 'calidad' del consentimiento de los subalternos se degrada, en cuánto es hijo de la fragmentación, la parálisis, la pérdida de referencias para la acción colectiva, la 'baja calidad' de la vida política.

⁵⁶ Iniciativas como los 'círculos de calidad' o la idea del 'cliente interno' forman parte de esta implantación productivo-cultural que algunos llaman 'toyotismo'.

⁵⁷ cf. Goran Therborn, *La ideología del poder* ...pp. 75 y ss.

⁵⁸ No se trata de que la 'mundialización' no exista como proceso que reduce el margen de acción de los estados nacionales y poderes locales, sino que éstos últimos exageran ese efecto real para mejor presentar una realidad aciaga como inevitable e inmodificable, ocultando la propia decisión de no hacer nada, poco o mucho, para cambiarla.

Las organizaciones de la 'sociedad civil' ligadas al establecimiento y ejercicio de la hegemonía (partidos y sindicatos de masas, medios de comunicación, Iglesia), tienden a fracasar en presentar los intereses de los grupos dominantes sobre un 'plano universal', quedan privadas en sus prácticas de los márgenes brindados por el orden de cosas anterior, y concluyen por exhibir su incapacidad para limitar de alguna manera eficaz la imposición del interés particular del grupo dominante. Toda idea de 'integración' de sectores de las clases subalternas e incluso de grupos intermedios o sectores menos concentrados de la burguesía, tiende a volverse inviable.

En A.L, entonces, vivimos en regímenes políticos que mediatizan cada vez más sus caracteres democráticos. Esos regímenes se 'consolidan' manteniendo sus componentes liberales, pero aminorando el elemento específico de 'gobierno del pueblo', produciendo apenas algún paliativo (como la esporádica y limitada aplicación de formas de democracia semi-directa) que disimulan mal el constante repliegue de los componentes de consenso 'activo y organizado' que existían con anterioridad, ya que el ciudadano es literalmente 'enviado a su casa' una vez cumplido el acto electoral.

Este cuadro produce un desgaste derivado de la 'falta de promesas' del modelo de organización social en curso, de la ostensible clausura de las promesas de mejora social que aun el capitalismo periférico latinoamericano traía consigo en los países de mayor desarrollo relativo: Ni 'movilidad social ascendente', ni mejoramiento de las condiciones de vida y trabajo dentro de la misma clase, ni políticas sociales que brinden ciertas garantías contra las contingencias negativas de la existencia. Esta situación instaura lo que se ha denominado 'malestar por falta de futuro', pero éste no desemboca sencillamente en la formulación de proyectos alternativos.⁵⁹

La respuesta desde abajo

Este cambio de rasgos fundamentales de la supremacía del gran capital; en el mundo en general, y en los países latinoamericanos en particular, hace indispensable una revisión profunda y radical, del modo de enfrentarse a ese predominio de clase.

Como ya hemos visto, los movimientos revolucionarios latinoamericanos se han caracterizado en su mayoría, al menos hasta la década de los 70', por una concepción del tipo 'guerra de movimientos' y de una visión unilateral, limitada, de la dominación de clase, que tendía a minimizar el rol de los procesos que se subsumen bajo el término gramsciano de 'hegemonía'.

El planteo era de lucha directa contra las relaciones de propiedad que viabilizan la explotación económica. La impugnación al estado burgués se hacía desde una visión unilateral del mismo, que lo percibía como un orden fundamentalmente 'político-militar', que comprende a lo ideológico, pero reduciéndolo a 'propaganda' manipulatoria, tal como lo caracteriza Joaquín Brunner:

⁵⁹ "El malestar por la falta de futuro es bastante general, pero la minoría que es conscientemente anticapitalista también reconoce que padece una gran crisis de proyectos (...) Es difícil encontrar hoy propuestas políticas que

"...una visión utilitaria y militante de la lucha ideológico-cultural, que aquí es nada más que lucha política en las regiones de la superestructura." ⁶⁰

La prioridad absoluta otorgada a la opresión económica, de clase, y a la ejercida por un estado al que se veía sólo como brazo represivo de la anterior, obturaba la visión sobre otras formas de opresión, y por consecuencia directa, la posibilidad de articular una verdadera acción contrahegemónica. Los defensores de reivindicaciones étnicas, de género o ambientales, corría el riesgo de aparecer como 'desviando' a las fuerzas contrarias al orden existente de sus objetivos principales, en vez de ser éstas aceptadas y promovidas como vehículo para 'comprender y sentir'⁶¹ la sociedad en términos más complejos (y completos) que lo que se venía haciendo, aptos para superar esquemas preconcebidos con resonancias 'iluministas'. De esa forma, no se sumaban sino que se restaban, diversos ángulos de cuestionamiento, y diferentes aliados en la lucha contra una opresión y alienación multiformes que se prefería visualizar como 'monocolor'. Faltaba la labor de verdaderos 'intelectuales orgánicos' que entendieran la vinculación, la mutua necesidad, entre los distintos prismas de crítica al sistema. En el fondo, se alentaba una concepción de élite revolucionaria, de 'vanguardismo' atravesado por esos 'hermanos enemigos' que son el voluntarismo⁶² y el economicismo, y que tiene como visión de sus acción, el disciplinamiento y manipulación de las masas movilizadas, una especie de 'banda gitana' al decir de R. M. Cox. ⁶³

Y se albergaba asimismo una visión de las sociedades latinoamericanas que las imaginaba al estilo del 'Oriente' gramsciano, con la sociedad civil 'primitiva y gelatinosa'⁶⁴, ignorando de complejidades mucho mayores, algunas existentes desde el siglo XIX, otras incorporadas por instancias de reforma como el cardenismo, el varguismo o el peronismo (el papel de los sindicatos del 'sistema', el peso de movimientos políticos con real penetración nacional-popular, una mitología del 'progreso social' dirigido por burguesías locales autónomas que fue eficaz por décadas). Se prefería una visión simplificadora del funcionamiento de las clases dominantes y

reivindiquen abiertamente el socialismo; las oposiciones al sistema no suelen ofrecer un horizonte general diferente y opuesto que lo sustituiría, y palabras como 'alternativa' dan cuenta de esta debilidad." F. Martínez Heredia, p. 160.

⁶⁰ J. J. Brunner, *América Latina...* p. 291

⁶¹ El paso del *saber* al *comprender* al *sentir* y viceversa del *sentir* al *comprender* al *saber*. El elemento popular 'siente' pero no comprende ni sabe; el elemento intelectual 'sabe' pero no comprende y especialmente no siente. Los dos extremos, pues, son la pedantería y el filisteísmo por una parte y la pasión ciega y el sectarismo por la otra. (...) El error del intelectual consiste en creer que se pueda saber sin comprender y especialmente sin sentir y estar apasionado, es decir, que el intelectual pueda ser tal siendo distinto y estando alejado del pueblo..." C, II, p. 164.

⁶² G define así al voluntarismo: "...el voluntarismo, aun con su mérito histórico que no puede ser disminuido, ha sido un sustituto de la intervención popular, y en este sentido es una solución de compromiso con la pasividad de las grandes masas. Voluntarismo-pasividad van juntos más de lo que se cree. La solución con el voluntarismo es una solución de autoridad, legitimada "formalmente" por un consenso, como se dice, de los "mejores". Pero para construir una historia duradera no bastan los "mejores", se necesitan las más vastas y numerosas energías nacional-populares." (C, IV, p. 69)

⁶³ Cox, "Gramsci y la cuestión...", p. 132

⁶⁴ En Oriente el estado era todo, y la sociedad civil era primitiva y gelatinosa, en Occidente bajo el temblor del estado se evidenciaba una robusta estructura de la sociedad civil. El estado era solo una trinchera avanzada detrás de la cual se hallaba una robusta cadena de fortalezas y casamatas ..." C. III, p. 157.

del Estado, en el que las empresas transnacionales y el Departamento de Estado norteamericano, acompañados por un reducido grupo de 'sirvientes nativos', daban órdenes a un Estado semicolonial, acorazado por la coerción instrumentada por ejércitos caratulados como 'perros guardianes del imperialismo', sin ningún arraigo en la sociedad.⁶⁵ Se pensaba a la opresión de clase como fácil de 'transparentar', por la doble razón de que sólo se visualizaban sus aspectos más brutales, y porque se juzgaba a la experiencia cotidiana, vivida, de la opresión, como generadora más o menos automática de una conciencia revolucionaria.

De ahí al militarismo que libra todo a la 'crítica de las armas', destinadas a destruir una armadura coercitiva que sería lo único que separa a 'las masas' de la emancipación hay un paso, generalmente dado en momentos de crisis aguda del sistema, instancia crítica que se supone genera 'por sí misma' las condiciones para el movimiento liberador, que debe ser catalizado por la 'vanguardia armada'.⁶⁶

La idea de una contestación de masas al sistema basada en la 'iniciativa popular' autoorganizada, no entraba en los cálculos de buena parte de las dirigencias revolucionarias, capturadas por el resplandor de convertirse en 'vanguardia' de un movimiento popular que debía dejarse conducir por consignas que, supuestamente, iban al encuentro inexorable de su 'conciencia verdadera'.

Junto a la que venimos describiendo, otros sectores de la izquierda alentaron un tipo diferente de falso 'camino corto' hacia la transformación social. Nos referimos al sueño recurrente de una perspectiva de cambio que, mediante algún sector burgués radicalizado o un ala militar 'progresista', permita hacerse con el control del aparato del estado, para mediante algunas medidas fuertes de modificación de las relaciones de propiedad impuestas desde arriba ('nacionalizaciones' sobre todo), la transformación social sea dada 'por añadidura'. Es la ilusión de un 'atajo' que permita ahorrar la laboriosa construcción en el movimiento social⁶⁷, la creación de una 'contracultura' que se oponga a la oficial; para abrir una transformación rápida y 'sencilla', no ya producto de un 'asalto al poder', que ya se intuye improbable, sino de una suerte de 'otorgamiento del poder' por vía de un desprendimiento del aparato del estado o de los aparatos hegemónicos del orden de clase existente. Se pensaba en términos de un 'salto' permitido no por la fuerza propia sino por la ajena, que revierte casi mágicamente la debilidad

⁶⁵ En consonancia con el pensamiento simplificador sobre los rasgos de A.L., ejércitos nacionales de prolongada historia, basados en el reclutamiento ciudadano obligatorio, a los que el pensamiento oficial hacía aparecer con éxito como indisolublemente ligados a la existencia del estado-nación a partir de las guerras de independencia; no eran claramente diferenciados de las 'guardias nacionales' mercenarias de algunos países centroamericanos y caribeños.

⁶⁶ Refiriéndose al caso más exacerbado (incluso con ciertos rasgos que lo hacen único) de este tipo de concepción, *Sendero Luminoso*, dirá Carlos Iván de Gregori: "...es básicamente la práctica de la vanguardia la que constituye el criterio de verdad, que debe ser machacado desde fuera. Es que para Sendero: "salvo el poder, todo es ilusión". Si eso es así, si el poder es lo único real, entonces el partido, que es el instrumento central para conquistar ese poder, es lo único real. Salvo el partido, todo es ilusión. La sociedad, por ejemplo, que sólo adquiere identidad cuando la toca el partido." C. I. de Gregori, "¿Qué difícil..."

⁶⁷ Son por lo menos sugestivas las palabras de Z. Bauman acerca de esta ilusión: "Vivir sin una esperanza por un atajo es otra cosa que la izquierda tiene que aprender hoy. Y, claro está, repetir el lema de Enzenberger: las esperanzas de corto plazo son inútiles y la resignación de largo plazo es suicida. Pero la virtud de vivir sin un agente histórico es que la inutilidad de las esperanzas de corta duración no conduce a la resignación de largo plazo. Renunciar a la esperanza de corto plazo salva a la de largo plazo de su inutilidad." Z. Bauman, "La izquierda como..." p. 47

política e intelectual del campo propio.⁶⁸ En definitiva, el asalto insurreccional del poder, y el liderazgo más o menos providencial provisto por la propia clase dominante, son versiones diferentes de la idea de la 'vía fácil', del 'golpe de mano' que reduce a 'acontecimiento' repentino un proceso social complejo y prolongado, elude la necesidad de la desgastante 'guerra de posiciones', a favor de un espejismo fulgurante, el asalto de la 'guerra de movimientos'. Ambos parten de seguir confundiendo a Oriente con Occidente, y al Estado con un armazón coercitivo ajeno a la sociedad, salvo una pequeña minoría privilegiada que lo controla. Ambos tienen en común eludir la problemática de la construcción contra/hegemónica, abandonar un camino prolongado y espinoso de transformación social, por otros senderos que, en definitiva, terminan negando esa transformación de fondo. Están incapacitados, por sus propios presupuestos, para apostar a una sociedad realmente basada en la autonomía y la autoorganización del conjunto social, y la disolución de las relaciones jerárquicas, de sometimiento, para dar paso a otras 'horizontales', de perspectiva igualitaria.

La derrota experimentada en carne propia; en algunos casos, la visión de los contrastes ajenos en otros, la reversión del orden mundial que quedara sintetizada en la 'Caída del Muro de Berlín', el cambio general del 'clima de época', hicieron que aquella visión de la transformación social quedara, sino sepultada definitivamente, seriamente dañada en sus posibilidades de generar movimientos políticos eficaces. Se abría un abismo para las izquierdas, y se fue haciendo evidente que las esperanzas de la 'transición democrática' no eran el camino para salvarlo.

Uno de los grandes interrogantes que queda abierto, es acerca de los modos de re-construir la acumulación de fuerza en el 'abajo' social, para enfrentar la dominación de clase reorganizada, en contra de la multiplicidad de voces que pregonan alguna forma de 'adaptación' al nuevo orden existente que, tal como está dada la modalidad de ejercicio de la supremacía social, política y cultural, deja justamente poquísimo margen para una respuesta adaptativa.

Se requiere articular la reflexión crítica sobre el pasado, de una forma que no sea el lamento de la derrota, ni tampoco la adaptación pacífica al orden existente. Un problema para la construcción de una *praxis* efectivamente de izquierda, radica en la necesidad de incorporar a su visión del mundo los cambios estructurales producidos en los últimos años, sacar plenas consecuencias de los mismos, y pasar por el tamiz crítico (y no por el rechazo unilateral) las aportaciones de los gramscianos en los 80', su crítica de variados aspectos del revolucionarismo sesentista, tales como la subestimación o la ignorancia de la complejidad y multiplicidad de las bases del dominio de clase, incluyendo toda la problemática de la hegemonía, la existencia de una concepción groseramente instrumental del estado, la visión 'estatalista' de la construcción del socialismo, completada por el 'productivismo', la noción vanguardista y jacobina de partido. A esos puntos de vista, debería aplicárseles el criterio que G

⁶⁸ Algunos partidos comunistas latinoamericanos adolecieron con particular fuerza de esa ilusión. El PC. Peruano apoyó con entusiasmo la 'revolución' de la etapa velazquista. En un contorno mucho menos favorable a esas ilusiones, el P.C. argentino no se privó de caracterizar al propio dictador Videla como un general 'democrático'.

desarrolló a propósito del pensamiento croceano: 'retraducirlo' a términos de la 'filosofía de la praxis', para hacer retomar a ésta un 'impulso adecuado', que no tiene por qué reproducir las conclusiones finales de esa crítica pero sí utilizarla como basamento de la re-construcción del campo ideológico propio.⁶⁹ Y allí se re-instala la problemática de la formación de 'intelectuales orgánicos' capaces de ser protagonistas de un gran cambio político-cultural que se expanda desde la izquierda radical a un campo más vasto de pensamiento y acción crítica, estrechamente vinculada a las organizaciones populares y el movimiento social en general.⁷⁰

Se necesita recrear un enfoque revolucionario latinoamericano, que debe ser articulador de realidades sociales y culturales afines pero diversas, con trayectorias históricas similares, pero no exentas de diferencias importantes entre sí; con formaciones sociales que comparten la ubicación periférica, la suerte del 'Sur' del mundo, pero tienen diversos grados de desarrollo relativo y de complejidad. Y ese anclaje latinoamericano no debería contaminarse de nacionalismo, en esa visualización del antagonismo nación-imperialismo como eje central de las contradicciones, que conduce a minusvalorar la problemática de clase, y a percibir al antagonista como determinado, no por la explotación y alienación de las clases subalternas, sino por su carácter 'extranjero'.⁷¹

No se trata de reemplazar, tampoco, el discurso socialista por una impugnación limitada del 'modelo', en clave 'anti-neoliberal', que elude confrontar con el capitalismo, y que corre serios riesgos de no aportar a ningún tipo de modificación de la realidad, ni moderado, ni radical. La búsqueda válida, nos parece, es retomar, con todos los enriquecimientos devenidos de la gigantesca reorganización de la dominación capitalista, el eje anticapitalista de las luchas. Entendiendo a ese anticapitalismo no sólo como 'expropiador' de los propietarios, sino como contrario a la mercantilización de las relaciones sociales, a la alienación del trabajo y de toda la vida humana que no deja de avanzar.

El cuadro social actual no es de los que puedan modificarse seriamente por un cambio de gobierno o por reformas que 'perfeccionen' el régimen político, sino que requiere una confrontación de más largo plazo, y realizada en múltiples terrenos, en primer lugar, la disputa en torno a la constitución del sentido común de las masas. Y hace insoslayable la re-articulación

⁶⁹ Gramsci desarrolla esta idea de superar mediante la incorporación de la crítica aun idealista a la recuperación de una filosofía de la praxis 'vulgarizada por las necesidades de la vida práctica inmediata' en C, IV, p. 133. Dora Kanoussi, en su reciente *Una Introducción a los Cuadernos de la Cárcel de Antonio Gramsci*, hace eje fundamental en esta idea de la traducción y re-traducción como fundamental en el armado conceptual gramsciano.

⁷⁰ Viene a cuento una observación de la primera época de los *Cuadernos*, en la que G comienza a plantear la complejidad del vínculo entre la 'razón' de los intelectuales y la del sentido común de los diversos grupos sociales. "La elaboración unitaria de una conciencia colectiva exige condiciones e iniciativas múltiples. La difusión de un centro homogéneo de un modo de pensar y de actuar homogéneo es la condición principal, pero no debe ni puede ser la única. Un error muy difundido consiste en pensar que cada estrato social elabora su conciencia y su cultura del mismo modo, con los mismos métodos, o sea los métodos de los intelectuales de profesión. (...) Es ilusorio pensar que una 'idea clara' oportunamente difundida se inserta en las distintas conciencias con los mismos efectos 'organizadores' de claridad difusa. Es un error 'iluminista'." C, I, p. 99.

⁷¹ Es importante prestar atención, para América Latina, a las tesis que E. Said rastrea en Fannon, acerca de que el nacionalismo 'ortodoxo' tiende a seguir el mismo camino que el imperialismo, y la necesidad de pasar de una conciencia nacional a otra política y social, y la prioridad de los 'colectivos de ámbito general' (dentro de los que podría incluirse a Latinoamérica, diríamos nosotros) sobre los de carácter particular. E. Said, *Cultura...* p. 422.

del contenido internacionalista del conflicto, lo que, por supuesto, no puede transitar las coordenadas del de las 'Internacionales' del pasado, pero de ser eludida, lleva a un 'latinoamericanismo' que no tiene propuestas de alcance mundial, mientras las clases dominantes hacen de su mundialización la base para proclamarse invencibles y sin rivales a la vista.

De nuevo ¿cuál es entonces el camino factible para recrear un movimiento revolucionario que no se reduzca a un radicalismo declamatorio, sino que articule el descontento y la potencialidad de rebelión contra el orden de cosas existente?

El propio decurso de vastas áreas de A.L. en los últimos años provee al menos la materia prima para algunas respuestas. Desmintiendo palmariamente las teorizaciones en torno al ocaso definitivo de la 'política de masas' y del abandono del ámbito 'callejero' del debate político para recluirse en los *media*, los levantamientos populares se fueron sucediendo a partir de los últimos años 90'. Tuvieron frecuencia e intensidad creciente, hasta configurar un verdadero ciclo de 'rebeliones populares' en América del Sur, que dieron por tierra con presidentes en Ecuador, Argentina, Bolivia, Perú y Paraguay. Con todo, no dieron lugar a procesos de vastas transformaciones sociales y de predominio de la iniciativa popular, sino a recomposiciones, más o menos precarias, pero eficaces en lo inmediato, del poder político de las clases dominantes. Las luchas populares crecientes, la activación de sectores sociales signados por la pobreza, el desempleo, o la 'confiscación' de sus expectativas sociales tradicionales, la impugnación general a las dirigencias políticas, alcanzaron cotas altas pero desnudaron la inexistencia de una conformación contrahegemónica susceptible de disputar con éxito el poder.

Fortalecimiento organizativo, coordinación, construcción de un discurso alternativo creíble y eficaz, son requerimientos impostergables. Pero también lo es la superación de las trabas que hoy se oponen, en la mentalidad colectiva, a la militancia activa por la transformación. En primer lugar, la ideología de la competencia interindividual como modo de moverse en la vida y el trabajo, con el acceso a un consumo mayor y más variado como objetivo central, con exclusión de cualquier objetivo y acción colectiva relevante. Y luego, la idea de que la militancia social y política de contenido contestatario, tiene altos costos, y que en definitiva no permite logros frente a un sistema dispuesto a todo para castigar, y en el límite, suprimir a sus adversarios.

El régimen político sigue desarrollándose como una desleída democracia sólo 'procedimental', que se complace en enviar al ciudadano a su casa después de votar, en soldar de modo creciente las instituciones representativas a los requerimientos de la gran empresa, y en atacar frontalmente las capacidades de organización y acción colectiva de las clases subalternas.

Incluso en algunas de las sociedades no tan afectadas por la crisis política, y poseedoras de una izquierda con fuerza social y peso electoral en proceso de 'moderación', se ha posibilitado el acceso de esas izquierdas al gobierno, como en Brasil y Uruguay.

Hoy estamos ante una situación en que no se trata tanto de convencer de la justicia de las luchas, sino de su viabilidad y utilidad, de que pueden ser conducidas de un modo que

incremente la capacidad de acción autónoma, sin sucumbir a la 'instrumentación' por intereses ajenos. Las masas rebeladas demostraron capacidad para poner en aprietos al poder político existente, incluso para producir desplazamientos en la cúspide del aparato estatal, pero siguieron huérfanas de proyectos de sociedad alternativos verosímiles.

Estamos además ante la necesidad de un replanteo de la visión histórica acerca de las clases subalternas, y de la propia idea de la centralidad histórica del 'proletariado'. Esto es indispensable si queremos tomar el hilo del desafío, acerca de qué tipo de coalición social puede sustentar un proyecto contra-hegemónico. El propio instrumento primario de organización obrera, el sindicato, se enfrenta hoy a la clausura de un modelo basado en trabajadores del sector formal y estables. Y los partidos de raigambre entre los trabajadores, tanto revolucionarios como reformistas, sufren profundas metamorfosis, muchas veces alejándose de esa referencia de clase original. Parece claro, sin embargo, que la construcción de un 'partido de trabajadores' no puede hoy vaciarse en el molde leninista, sino avanzar sobre líneas novedosas, que incluso pongan en tensión la forma 'partido' como tal, sin desecharla *a priori*.

Hay elementos para pensar que se avanza en una redefinición de la identidad de trabajadores (que comprende a desocupados de larga permanencia, informales, precarios, cuentapropistas), que se cruza con las luchas 'territoriales', y que se encarna en nuevos métodos de lucha, que a veces suplen importantes dificultades para sostener la huelga y otras medidas de fuerza tradicionales, en otras se articulan con ellas, y en todos los casos siguen vindicando la condición original de trabajadores, aunque el trabajo sea precario o directamente falte desde hace tiempo.

Se requiere, en cambio, la confianza en las posibilidades de unas clases subalternas social, política y culturalmente plurales, pero susceptibles de articularse en un haz contrario al capitalismo, que apunte a re-fundar la utopía socialista, sobre la base de la multiforme, modificada pero omnipresente lucha entre expropiadores y expropiados.

Es absolutamente cierto que ya no puede pensarse en términos de un 'sujeto revolucionario' único; identificado primordialmente con los obreros industriales de las ramas técnicamente más avanzadas, en las sociedades de capitalismo más desarrollado; o con los campesinos pobres en la periferia⁷². El interrogante entonces es cuáles pueden ser hoy las fuerzas sociales portadoras de un amplio movimiento de contra-hegemonía, de contestación radical del orden existente, cuál es el proceso cultural, moral, político que deberán atravesar para constituirse en un espacio social que aspire a constituirse en nuevo 'bloque histórico'.

La dispersión, la falta de articulación con otros espacios que no sean los del propio sector o 'asunto', el aislamiento y la inorganicidad a las que muchos cantan loas en nombre de la diferencia o la 'tolerancia', no pueden ser un camino sino hacia la conservación de la sociedad

⁷² Lo que no implica suscribir que uno u otro sector social esté necesariamente en vías de extinción o haya perdido definitivamente toda capacidad política.

existente. La aspiración a mantener la fragmentación actual está marcada, con mayor o menor grado de conciencia, por la renuncia a cuestionar al orden social en su totalidad. Los actuales pensadores de la dominación le dejan con gusto a las organizaciones de las clases subalternas el terreno de lo 'micro', de lo estrictamente local o sectorial, cuando más pequeño y localizado mejor; de la 'pequeña política' que sólo disputa sobre cuestiones 'parciales y cotidianas', para mejor encubrir la renuncia a la 'gran política', la que se abandona con exclusividad a las clases dominantes.⁷³ Las organizaciones populares, nuevas y viejas, deben enfrentarse a fuertes presiones hacia su 'domesticación', a encuadrarse en los límites de una 'governabilidad', entendida básicamente cómo que las clases subalternas ejerzan su libertad de organización y movilización, pero absteniéndose de todo lo que pueda perturbar las relaciones de poder existentes,⁷⁴ y a que se coloquen bajo la tutela, directa o mediata, de organismos internacionales o de agencias gubernamentales, que les provean financiación al mismo tiempo que les señalen los límites de su acción.

De allí deberían emerger la convicción y la voluntad acerca de la necesidad de superar dispersiones, aislamientos y segmentaciones, de apuntar a un 'bloque histórico' nuevo, orientado en su conjunto contra el capitalismo y no contra alguna de sus manifestaciones parciales. Sin embargo, esa convicción y voluntad no pueden subsumirse sencillamente al ya gastado motivo de la 'unidad', demasiado impregnado de las monsergas que lo invocaban para exhortar al resto a encolumnarse detrás de su dirección y sus objetivos, o peor aún, del propósito de 'reducir' a una homogeneidad forzada a toda suerte de diversidades.

Parece fructífera la idea de articular diversidades, sin acallarlas, y mucho menos pretender suprimirlas. La heterogeneidad, la multiplicidad, pueden tornarse virtuosas para la potencialidad y la organización del movimiento social transformador, en tanto se concentren en las afinidades y las convergencias de distintos sectores y reivindicaciones, en orden a articularlas en una visión del mundo impugnadora del orden de desigualdad e injusticia existente, y capaz de 'desear fuertemente' una sociedad nueva. Las diversidades son susceptibles de convertirse en una ventaja decisiva, en tanto que fuente de amplitud e intensidad de la impugnación contrahegemónica, al mismo tiempo que en garantía de horizontalidad, de discusión interna, de no cristalización de centros y jerarquías inamovibles, de permitir a los 'hombres y mujeres del común', a los que no son 'cuadros' formados y entrenados, tomar parte efectiva en las decisiones del movimiento

⁷³ "de lo que se trata es de elevar la política del nivel 'económico-corporativo' al nivel 'ético-político'. Al contrario de la 'pequeña política' propuesta por el neoliberalismo, tenemos aquí la defensa de la "gran política" orientada explícitamente hacia la afirmación y defensa de valores e intereses universales." (Coutinho, "El concepto de sociedad civil... p. 42)

⁷⁴ "Desde los círculos de los poderes transnacionales y nacionales, a lo largo de la década de los noventa, se ha tratado de imponer a los movimientos populares una sola visión de lo político, las teorías de la gobernabilidad, y una agenda impuesta desde organismos como el Banco Mundial, que los vuelve funcionales a la contrarreforma del Estado, articulados a los denominados procesos de descentralización y autogestión, renunciando a tener una perspectiva total y emancipadora del futuro." (F. Hidalgo, "Movimientos Populares. El debate... ", p. 60.)

La 'autorreforma' intelectual y moral de la izquierda es indispensable, un requisito de cambio en el propio campo para poder pensar y actuar seriamente hacia el cambio social global⁷⁵; quien lo niegue quedará sujeto a la inoperancia, a convertirse en vestigio del pasado al tratar de pensar el presente con las herramientas de aquél. Existe la posibilidad de pensarla (y llevarla a efecto) como un programa teórico y práctico que re-defina los objetivos revolucionarios, siempre en torno al eje anti-capitalista, sobre el ideal de la construcción de una sociedad sin explotación ni alienación, creativa e igualitaria. Esa 'autorreforma' requiere abarcar a los modos de pensar y comportarse, el reconocerse parte del conjunto social y no minoría ilustrada y 'naturalmente' dirigente. La ruptura con ese 'renacentismo' al que lleva la idea exacerbada de 'vanguardia', hace recordar la idea de G en cuanto a la necesidad de conjugar 'renacimiento' y 'reforma'.⁷⁶

Y continuar pensando la revolución social, entendiéndola: a) como un proceso y no como un 'acontecimiento' único, al que se adjudica la apertura de una nueva era por su sola producción b) de una manera en que su componente de 'iniciativa popular', de autogobierno y autoorganización de las masas, de generación y difusión de una 'visión del mundo' antagónica a la predominante; ocupa un lugar al menos tan importante como el de las medidas de 'expropiación de los expropiadores'.

A modo de conclusión

El pensamiento gramsciano sigue siendo una guía insustituible a la hora de emprender una reformulación del mundo social entendido como una totalidad, aspiración situada en la base misma del proyecto socialista original. Al plantear la necesidad de encarar la especificidad de la problemática ético-política sin abandonar la 'estructural', al desarrollar el concepto de hegemonía en un sentido complejo y multidimensional, G señalaba el camino para un proyecto que no se inclinara a descubrir una sola clave de la sociedad existente para impugnarla desde allí, sino a visualizar una crítica global, articulada sobre la problemática de la lucha de clases, eludiendo a su vez la tentación de subsumir ésta en el plano de las relaciones de propiedad y el manejo del aparato coercitivo estatal. Por añadidura, hay una afinidad entre la época de Gramsci y la actual: la sociedad capitalista atraviesa una crisis de enormes proporciones, pero ésta no aparece como terminal, y son muchos los indicios de que una 'sobrevida duradera' aguarda al capitalismo.⁷⁷

⁷⁵ "Por otra parte, ya se sabe que no existen protagonistas predestinados, que ese papel tendrán que jugarlo las mayorías explotadas y oprimidas de hoy. Sin cambiarse a sí mismos en los mismos procesos de cambiar el mundo nunca serían capaces de triunfar." F. Martínez Heredia, "Memoria y proyectos..." p. 161

⁷⁶ Es sabido que en la terminología de los *Cuadernos*, 'Renacimiento' evoca el clasicismo, la elevación intelectual que no renuncia al elitismo, y 'Reforma' la posibilidad de dar carácter de masas a un pensamiento innovador pero corre el riesgo de la 'vulgarización'. Es ilustrativo el pasaje en el que preconiza: "... la creación de una nueva cultura integral que tenga los caracteres de masa de la Reforma protestante y de la Ilustración francesa y los caracteres clásicos de la cultura griega y del Renacimiento italiano, una cultura que retomando los términos de Carducci, sintetice Maximiliano Robespierre y Emmanuel Kant." C, IV, p. 133.

⁷⁷ Cf. M. Aurelio Nogueira, "Gramsci e os desafios..." p. 99: "tal como en los años en que fueron concebidos los *Cuadernos*, la crisis de nuestros días no se anuncia como terminal. De todas partes surgen indicaciones de que el capitalismo, pese a sus monstruosidades y contradicciones, está fuerte y demuestra poseer reservas para sustentar, tal vez no un un nuevo ciclo expansivo, pero sí seguramente una supervivencia duradera."

Buena parte de A.L, ya lo hemos afirmado, es hoy 'Occidente'. Y la 'revolución en Occidente' requiere un trabajo mucho más prolongado y denso de organización de la propia masa y desorganización del enemigo, de configuración y expansión de una visión del mundo, acompañada con la formación de los 'intelectuales orgánicos' de las clases que aspiran a refundar la sociedad. Estos cambios son forzosamente graduales, incluso lentos, no susceptibles de resolverse en un momento único de ruptura. Las 'superestructuras de la sociedad civil' resultan el terreno privilegiado de la lucha de clases. En suma, la revolución no es un acto 'taumatúrgico', un vuelco repentino de una situación, sino un proceso de construcción social prolongado, surcado por múltiples mediaciones, atravesado por avances, retrocesos y 'desvíos'. Como 'Occidente' que somos, nuestras sociedades son escenario de 'guerra de posiciones'. Ello indica la necesidad de involucrar al 'conjunto' de la sociedad y no a una minoría, el requerimiento de la 'concentración inaudita de hegemonía'⁷⁸ necesaria para vencer, entraña la acumulación de poder requerida para plantear seriamente la disputa hacia una 'reforma intelectual y moral'. Plantearse la 'guerra de posiciones' significa abandonar toda idea de avance sobre el poder con un esquema de tipo estrechamente 'jacobino', a partir de una minoría decidida y organizada que 'fuerza' rápidamente la situación. Y ello no puede resolverse con un proceso de reformas pacífico y gradual, como han propuesto muchos. Se trata de un camino más difícil y costoso, de una complejidad mucho mayor en cuanto a los factores que intervienen y a la posibilidad de victorias y derrotas parciales, de avances y retrocesos, en los más variados planos.

La izquierda tradicional, en aras de privilegiar la lucha contra el capitalismo entendida sólo como la búsqueda del poder estatal para cambiar las relaciones de propiedad, prosiguió cultivando el racionalismo unilateral de matriz iluminista, el machismo, una ideología productivista que despreciaba las condiciones ambientales, una concepción del poder que santificaba las jerarquías. Todo con fundamentos diferentes, pero efectos reales que tenían fuertes puntos de contacto con los rasgos de la sociedad existente. Resultaba un cuestionamiento sólo parcial del orden social. Podía revertir, como se vio históricamente, en la construcción de un orden más explícitamente opresivo que el de las sociedades capitalistas. Las desconfianzas raigales de la tradición libertaria frente al estado, los poderes cristalizados, las organizaciones rígidas, las múltiples formas de represión en la vida privada, fueron abandonados e incluso menospreciados como rasgos de una etapa primitiva del pensamiento anticapitalista y emancipador durante toda una época. La pérdida experimentada por el movimiento socialista por esa clausura de una de sus vertientes, es de las que no se reparan con facilidad, pero existe la misión ineludible de intentarlo.

Se requiere captar, recuperar, impugnar, el conjunto de agravios que comete a diario el orden social capitalista, la sociedad dividida en clases, en todos los terrenos, para ampliar y

⁷⁸ La guerra de posición requiere sacrificios enormes y masas inmensas de población; por eso es necesaria en ella una concentración inaudita de la hegemonía..." C, III, p. 106.

enriquecer el amplio frente de los explotados, los marginados, y de los que sin ser una cosa ni la otra toman la decisión ética y política de no seguir asistiendo pasivos al reinado de la injusticia. Pensar en términos de cuestionamiento 'total' al orden existente, es concebirlo como un arco de diversidades que se coloquen en capacidad de lanzar un ataque contra él, plural pero simultáneo, y que tenga la virtud de la persistencia, la capacidad de sostenerse en el tiempo.

Las manifestaciones contra el capital financiero, de Seattle a Génova; y en nuestro continente las rebeliones contra las políticas agravadoras de la injusticia y la desigualdad, muestran un cuadro social y cultural ciertamente variopinto, la inexistencia de pretensiones de que un sector se erija en 'comando único', la voluntad cada vez más firme en cuestionar las diferentes aristas de un orden social cada día más injusto, y con creciente conciencia de estar tomando parte de una lucha de alcance mundial. Se puede argumentar válidamente que se trata de movimientos apenas incipientes, plagados de indefiniciones, e incluso de incompatibilidades entre sus componentes. Pero, nos parece, aciertan ya al insinuar, como punto de partida, la adhesión a un ideal de fraternidad universal entre los oprimidos y los indignados contra la injusticia. Pedir completa coincidencia en los objetivos, o incluso prolijos 'programas alternativos', es un requerimiento al menos prematuro, sino descaminado. Ni la identidad ni el ideal emancipatorio, están dados, sino que deben construirse en un proceso que articule experiencia y conciencia, el lugar propio y el mundo en su conjunto.⁷⁹ De lo que se trata, nos parece, es de sobrepasar el actual lugar de la 'resistencia', para poder pasar a la política activa, a generar capacidad contra-ofensiva, en función de una conciencia anticapitalista global, que vaya retomando los grandes temas del ideario socialista e incorpore a otros que había ignorado o son enteramente nuevos, que oponga construcción contra-hegemónica a la visión del mundo que pretende invadirlo y conquistarlo todo. Y esto sin 'catastrofismos' ni 'ultimatismos' que reproduzcan visiones sometidas a la linealidad en la reflexión y a la impaciencia en la acción.

Las clases subalternas latinoamericanas son, desde siempre, ejemplo de diversidad y mezcla, de un arco iris nunca agrisado por las lluvias de plomo arrojadas una y otra vez sobre sus hombres y mujeres por los dueños del poder. Difícil pensar un suelo más adecuado para que, en el mediano plazo, fructifique un nuevo proyecto revolucionario que parta de la diversidad para atacar por múltiples vías a la mercantilización y el egoísmo universal, a la gigantesca máquina de producir millonarios y hambrientos al mismo tiempo (siendo estos últimos infinitamente más numerosos), a esa ofensiva brutal que no deja periferias ni refugios libres de su influencia; a todo lo que representa, hoy más que nunca, el capitalismo.

Si se vencen las tendencias al particularismo, al nacionalismo de corto alcance; no puede haber ámbito mejor que este espacio latinoamericano donde sufrieron y sufren genocidio y explotación hombres y mujeres en que se mezclan lo indio, lo negro, lo europeo y lo asiático, para pensar y actuar en términos de un nuevo internacionalismo.

Y 'nuevo internacionalismo' no puede significar otra cosa que la 'subversión universal', luchar en todos los niveles y todos los planos, para colocar arriba el abajo, buscando nada menos que 'refundar el mundo'.

⁷⁹ Ni la identidad ni la emancipación son, entonces, "previas" o dadas, sino que resultan de una experiencia de construcción de sí y del mundo Adamovsky, Ezequiel "La política después de Seattle..." p. 6

Bibliografía citada

Las citas de textos de Antonio Gramsci son de *Cuadernos de la Cárcel*, ediciones ERA, tomos I al VI, traducción de la edición crítica producida por Valentino Gerratana, salvo en los casos que se señalan específicamente, en que provienen de las traducciones de la anterior versión temática de los *Cuadernos*.

Adamovsky, Ezequiel. "La política después de Seattle. El surgimiento de la nueva resistencia global." En *El Rodaballo*, Año VI, n° 11/12. Primavera/verano 2000.

Aricó, José, *Entrevistas, 1974-1991*, Universidad Nacional de Córdoba, Centro de Estudios Avanzados, Córdoba, 1999.

Aricó, José, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*. Puntosur, 1988.

Baratta, Giorgio, "Gramsci tra noi: Hall, Said, Balibar" en Baratta, G y Liguori, G (eds.) *Gramsci da un secolo all' altro*, Riuniti, IGS, 1999.

Bauman, Zygmunt, "La izquierda como contracultura de la modernidad" en *Cuadernos ARCIS-LOM*, N° 4/Noviembre-Diciembre 1996. Santiago de Chile.

Borón, Atilio, "La selva y la polis. Reflexiones en torno a la teoría política del zapatismo." *Observatorio Social* N° 4, Junio de 2001

Brunner, José Joaquín, *América Latina: cultura y modernidad*, Grijalbo, México, 1992.

Buci-Glucksmann, Christine, *Gramsci y el Estado. Hacia una interpretación materialista de la filosofía*, Siglo XXI, 7° edición, 1986.

Buttigieg, Joseph, "Sulla cateogria gramsciana de "subalterno" en G. Baratta y G. Liguori (eds.) *Gramsci da un secolo all' altro*, Riuniti, 1999.

Cavarozzi, Marcelo *Autoritarismo y Democracia*, Ariel, 1997.

Coutinho, Carlos Nelson, "El concepto de sociedad civil en Gramsci y la lucha ideológica en el Brasil de hoy" en Kanoussi, Dora (ed.) *Gramsci en América. II° Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*.

Cox, R. M. "Gramsci y la cuestión de la sociedad civil" en Kanoussi, Dora (ed.) *Gramsci en América. II° Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*.

Degregori, Carlos Iván, "¿Qué difícil es ser Dios", en Heraclio Bonilla (ed.) *Perú en el fin de milenio*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994.

DI Benedetto, Donatella "Crisis orgánica y revolución pasiva. Americanismo y corporativismo" en Kanoussi, Dora (ed.) *Gramsci en América*, II Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos, México, 2000.

Díaz-Salazar, Rafael, *El proyecto de Gramsci*, Ediciones HOAC, Madrid, 1993.

Hidalgo, Francisco, "Movimientos Populares. El debate de alternativas." En Dora Kanoussi (ed.) *Gramsci en América*, II° Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos, Universidad de Puebla, 2000.

Kohan, N. "Hegemonía y poder en Gramsci y Marx", mimeo.

Liguori, Guido, *Gramsci conteso. Storia di un dibattito 1922-1996*, Riuniti, 1996.

Martínez Heredia, Fernando, "Memoria y proyectos. Gramsci y el ejercicio de pensar." En *Gramsci en América. Segunda Conferencia Internacional de Estudios Gramscianos*, IGS, BUAP, Plaza y Valdez, 2000.

Nogueira, Marcos A., "Gramsci y los desafíos de una política democrática de izquierda" en Aggio, Alberto (org.) *Gramsci, a vitalidade de um pensamento*, UNESP, 1998.

Przeworski, Adam, *Capitalismo y Socialdemocracia*, Alianza, 1988.

Said, Edward W., *Cultura e imperialismo*, Anagrama, 1996.

Salvadori, Massimo, "Gramsci y el PCI. Dos concepciones acerca de la hegemonía, en AAVV, *Revolución y democracia en Gramsci*, Fontamara, Barcelona, 1981

Therborn, Goran, *La ideología del poder y el poder de la ideología*, Siglo XXI, 5ª ed. en español, 1998.

Vilas, Carlos M. "La izquierda en América Latina: Presente y futuro. Notas para una discusión." En *Cuadernos ARCIS-LOM*, N° 4/Noviembre-Diciembre 1996. Santiago de Chile.